

Lou Carrigan

PEDACITOS DE LUNA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

PEDACITOS DE LUNA

Colección LA HUELLA n.° 122
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 215 -1977

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición en esta Colección: marzo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

EL GOLPE PERFECTO

Delante iban cuatro motoristas, como abriendo paso. Detrás, al final, un coche negro, grande, poderoso. En medio iba la pequeña camioneta blindada, en cuyos Costados se leía, en grandes letras, el nombre de la entidad en la que prestaba servicios:

N. A. S. A.
Space Center Houston - TEXAS

Y por encima aparecieron de pronto los dos helicópteros. De pronto, porque era evidente que no llegaban allí en aquel momento, volando desde lejos, sino que acababan de elevarse del lugar donde habían estado esperando, inmóviles, silenciosos, a ambos lados de la carretera. Los dos helicópteros a la vez se acercaron inmediatamente a la comitiva, uno por cada lado. En las abiertas portezuelas de ambos apareció un hombre, cuyo rostro estaba cubierto por lo que sólo podía ser una careta antigás. En las manos de cada uno había un gran tubo niquelado, brillante, como de tres pies de largo, con cierto parecido a un «bazooka» convencional. También los pilotos de ambos helicópteros llevaban el rostro cubierto por caretas antigás…

Los motoristas habían alzado un momento la cabeza, pero volvieron en seguida su atención a la marcha. El conductor del gran coche negro vio uno de los helicópteros acercándose en sentido contrario a la marcha, y por un instante los rojos rayos del sol poniente brillaron en aquel tubo niquelado. Sólo un instante, porque en seguida pareció que el sol desaparecía tras la blanquísima nube inesperada. Más bien, un gran chorro largo,

espeso, de densísimo humo blanco, que en un momento cubrió la comitiva… El otro helicóptero llegó por detrás, lanzando también su chorro de blanco humo, en el mismo sentido de la marcha, de modo que la comitiva continuó invisible, envuelta en humo, durante unos segundos.

Luego, se oyeron frenazos, chirridos de neumáticos, ruido de cristales rotos y de algo metálico que se arruga, se aplasta…

Los helicópteros se alejaron dos o trescientas yardas, cada uno en su dirección, cruzándose. Cuando volvieron al lugar donde habían lanzado el humo, la escena había cambiado notablemente. Todavía quedaba algo de aquel humo blanco, ya mucho menos denso. Muy poco… Tan poco, que permitía ver perfectamente el sobrecogedor cuadro de la carretera: los motoristas yacían sobre el asfalto, excepto uno de ellos, que se había salido de la pista y parecía clavado de cabeza fuera de ésta, cerca de unas matas. El motor de una de las motos rugía todavía, mientras sus ruedas seguían girando, tendida de lado la máquina. La camioneta blindada también se había salido de la carretera, y estaba tendida de lado, igualmente girando sus ruedas. Muy cerca se veían dos hombres, a la derecha, y otro a la izquierda, con la cabeza extrañamente metida bajo el cuerpo, hacia la espalda. El coche negro había seguido bastante más trecho fuera de la carretera, para, finalmente, estrellarse con terrible fuerza contra un grueso álamo. Su morro se había hundido, aplastado, y las dos grandes puertas habían quedado abiertas. El conductor continuaba en su asiento, como ensartado en el volante, que se había roto. Junto a él, otro hombre yacía tendido de lado en el asiento, con la frente llena de sangre. Por un lado, se veía a los dos hombres de atrás, tendidos blandamente, desmadejados, como muertos…

Los dos helicópteros tomaron tierra junto a la camioneta blindada, y en seguida los dos hombres que habían disparado el fulminante gas blanco con aquella especie de «bazookas», saltaron a tierra, mientras los pilotos, pistola en mano, vigilaban atentamente la pequeña zona del desastre, pese a que sabían muy bien que nadie podría despertar antes de dos o tres horas.

Sus compañeros llegaron a la parte de atrás de la camioneta, y uno de ellos colocó rápidamente el gran pegote de explosivo plástico, ya preparado completamente para ser activado en el acto.

Así lo hizo, se apartaron ambos de la camioneta, colocándose, además, al otro lado, y ni siquiera tres segundos después una gran llamarada brotaba en la parte de atrás, se alzaba una nube de polvo, la camioneta se estremecía fuertemente…

Volvieron allá los dos hombres y cambiaron una mirada a través de los redondos cristales de la máscara antigás: la doble puerta de la camioneta estaba hundida, doblada, casi arrancada… El interior estaba lleno de humo, pero pronto se disipó, y los dos hombres entraron rápidamente, vieron la gran caja forrada de plomo, y cada uno de ellos asió una de las asas. La sacaron de allí, fueron hacia uno de los helicópteros y tiraron la caja dentro. Luego, mientras uno de ellos subía a aquel mismo helicóptero, el otro corría hacia el suyo.

Diez segundos después, los dos helicópteros se alejaban, hacia el Este, hacia el mar, precisamente cuando, a lo lejos, en la carretera, aparecía el primer coche… La operación había durado, escasamente, cuarenta segundos.

En el helicóptero donde había sido colocada la caja el piloto y su compañero se habían quitado ya las máscaras, tirándolas a la parte de atrás. Se quitaron también los guantes, y cambiaron una mirada satisfecha, sonriente.

—Te juro que no estaba seguro de que saliese bien —dijo el que había bajado a tierra a por la caja.

—Edison sabe hacer las cosas. No ha fallado ni siquiera en el más insignificante detalle. ¡En menos de un mes vamos a tener tantos millones de dólares que no sabremos en qué gastarlos!

—Ya buscaremos algo —rió el otro.

Una hora más tarde, los dos helicópteros pasaban por encima del hermoso yate blanco que navegaba por mar abierto, a la altura de Galveston y a unas cincuenta millas de esta ciudad tejana. Primero, uno de los helicópteros descendió lo suficiente para pasar junto al yate y ver su nombre en la proa: Snake. Luego, mientras el otro permanecía muy alto, asegurándose sus ocupantes de que no había a la vista ninguna embarcación, del helicóptero primero quedó colgando la gran caja forrada de plomo, suspendida por una fina cadena. La cadena fue soltada y cayó sobre la caja, y ambas quedaron en la cubierta del yate, junto a los hombres que esperaban el final de la operación. Después, los dos helicópteros descendieron,

hasta posarse sobre las aguas, junto al yate, cuyos motores habían sido parados y se desplazaba lentamente, sólo por la inercia de la marcha anterior, describiendo un círculo muy cerrado.

En los helicópteros, cada pareja de hombres se quitaron los «monos» blancos, las flexibles botas de plástico también blanco… Todo el equipo utilizado para el golpe quedó en la parte de atrás del helicóptero. Uno de ellos se dedicó a sujetar las cosas a otras, de modo que el peso de los tubos niquelados lastrase todo…

—Date prisa. Esto se está hundiendo, me parece. Y con cerrar las portezuelas nada subirá nunca a la superficie. Hay aquí más de mil pies de profundidad.

En un minuto, los dos helicópteros quedaron flotando sobre las aguas, muy precariamente, ladeándose, mientras los cuatro hombres nadaban con fuerza hacia el punto donde calcularon que iban a converger con el yate. Éste pasó muy cerca de ellos, y una escala múltiple de cuerda fue echada por la borda. Los cuatro se agarraron allí, y comenzaron a subir.

Cuando saltaron a bordo, la caja ya no estaba allí. Había dos hombres, cada uno de ellos dispuestos a cumplir su parte en el manejo de aquel auténtico «bazooka», que descansaba sobre el hombro del más próximo a la borda. El otro estaba a punto de colocar la primera granada…

—¿La han bajado va?

—Sí.

—Bien… Veamos cómo hundís esos cacharros.

Fueron dos disparos perfectos. Muy fáciles, además… Los dos helicópteros recibieron el impacto en la parte inferior, parecieron a punto de ponerse a volar de nuevo y, en seguida, envueltos en llamas que pronto fueren apagadas, desaparecieron bajo las aguas. El hombre que había sostenido el «bazooka» en su hombro derecho lo colocó verticalmente en la cubierta, mientras los otros cinco tiraban hacia arriba de la escala múltiple de cuerda. Con ella, envolvieron el «bazooka», y luego lo dejaron caer al mar, viéndolo todavía durante unos segundos, mientras se hundía rápidamente.

—Fin —sonrió uno de ellos—. Bueno, vamos a ver a Edison.

Fueron hacia la portilla, alta y grande. El yate medía no menos de setenta pies de eslora, era amplio, grande, confortable. De auténtico millonario. En todo él resultaba evidente el lujo y el buen

gusto. Recorrieron el pasillo alfombrado hasta llegar a la puerta de la cámara de recreo. Entraron, y se quedaron mirando sonrientes al hombre que estaba en el centro del gran sofá rojo, con una chica a cada lado. Detrás había otra. Y delante, destapando una botella de champaña francés, había otra chica. Las cuatro eran muy jóvenes, preciosas, y sus hermosos ojos mostraban una sonrisa satisfecha de adulación. Por toda vestimenta llevaban una especie de *baby* doll cortísima, todas de color rojo. Lindas muñequitas, eso era todo.

El hombre resultaba mucho más interesante. Ancho de hombros, recio, de estrechos ojos oscuros, rostro enérgico, manos grandes y fuertes. Llevaba barba, y sus cabellos, color cobre, eran muy largos, ondulados. Se cubría solamente con un rojo batín de seda, sobre cuya parte izquierda, en blanco, se veían las letras E. S., entrelazadas. Debía tener unos cuarenta años. Cuarenta magníficos años, rebosante de energía, de inteligencia si se juzgaba por su aspecto, la mirada de sus oscuros ojos… No sólo era lógica y esencialmente diferente a las cuatro lindas muchachas, y mucho más interesante, sino que su clase destacaba muy por encima de los dos hombres que habían bajado la caja y de los cuatro que habían tornado parte en la operación.

Se quedó mirando a esos últimos, sonriendo.

—Stan, Walt, Bill, Oscar… Mi aprobación más completa. ¿Hubo algún muerto?

—No sabemos. Desde luego, no tuvimos necesidad de utilizar ningún arma. A excepción del gas, se entiende. No nos preocupamos por esos detalles, Edison. Tomamos la caja y nos marchamos.

—Perfecto. Os felicito muy sinceramente.

—Y nosotros a ti —sonrió Walt Erickson—. A fin de cuentas, todo ha sido idea tuya, todo lo has planeado tú, todo lo has conseguido tú, desde los helicópteros al gas… Nosotros hemos sido solamente peones, Edison.

—Pero muy buenos peones. Sentaos, tomaremos champaña. ¿Cómo, Romy? ¿Solamente has traído una botella?

—Iré a por más, Edison —sonrió la muchacha.

—No. Tú empieza a servir… Tengo ganas de beber… Betty, querida, ¿quieres ir tú a por más champaña? Flo, ve con ella, y traed también mucho hielo.

—Si, Edison —dijeron las dos muchachas a la vez.

Salieron de la cabina de recreo, mientras Romy servía champaña en una copa. La tendió a Edison, pero éste suspiró, como cansado, y la muchacha que quedaba junto a él se apresuró a tomar la copa y colocarla en los labios del apuesto personaje, que bebió un sorbito y sonrió.

—Gracias, Margie, amorcito… Eres un encanto.

—Me gusta servirte, Edison —sonrió Margie.

—Sois las cuatro tan encantadoras… Nunca sé cuál elegir… De todos modos, espero que estéis contentas a mi lado.

—¡Oh, sí, Edison…! ¡Sí!

—Magnífico. Pero ahora aún estaréis mejor. A decir verdad, se me estaba terminando el dinero de mi último… negocio, así que, prácticamente, empezábamos a estar en apuros. Pero ahora —sonrió de nuevo, entornando los ojos, y señaló la caja—, vamos a tener tanto dinero todos, que jamás lo terminaremos. Estoy muy contento de todos vosotros… De todos. Y os aseguro que jamás os arrepentiréis de servirme. Pedidme lo que queráis… Lo que queráis. ¡Aunque sea la luna!

CAPÍTULO PRIMERO

Todavía con la chaqueta en una mano, la corbata aflojada, y ya descalzo, Bram Randall fue a abrir la puerta de su apartamento, con el ceño fruncido. Desde luego, si era algún inoportuno lo echaría con cajas destempladas, qué demonios…

Abrió la puerta, no muy amable el gesto, pero en seguida su expresión cambió. Ante él había una muchachita rubia, de grandiosos ojos azules y cuerpo sensacional, que era suficiente para despejar cualquier mal humor. Junto a ella, un hombre de unos treinta y cinco años, alto, atlético, de ojos castaños.

—Henry… —murmuró Bram Randall—. ¡Henry M. Sargent! ¡Por todos los balones de *rugby* que hay en el mundo…!

—Hola, Bram —sonrió Henry Sargent—. ¿Cómo te va?

—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Pasa, hombre!

Bram se apartó de la puerta. Sargent empujó suavemente a la muchacha, que entró dirigiendo una mirada un tanto aprensiva a la pistola que Bram llevaba en el sobaco, suspendida en la funda que se sujetaba únicamente al hombro.

—Bram, ella es Dorothy Warner, mi prometida. A ti no te presento porque la tengo aburrida de tanto mencionarte.

Bram Randall miró con expresión admirativa a la muchacha, tendiéndole su diestra.

—Tu prometida, ¿eh? Amiguito, siempre has sabido agenciarte lo mejor del mundo… Es un bombón. ¿Cómo está, señorita Warner?

—Muy bien, gracias… Y gracias también por lo ele bombón, señor Randall.

—¡De nada! —rió Bram—. ¡Usted se merece mucho más! ¿De verdad le gusta a usted este tipo? —señaló a Sargent—. ¡Porque si no es así, yo estoy disponible!

—¡Un momento! —se alarmó cómicamente Henry—. ¡Ésta no, Bram! ¡Ésta no me la quites, la cosa va en serio!

—¿De veras? Bien… ¡Pues, adjudicada a Henry M. Sargent! ¿Coca-Cola? ¿*Whisky*? ¿Vodka? ¿Limonada?

—Tomaremos *whisky* —rió Sargent—. Sin soda, pero con mucho hielo. Pero, oye, ¿tú puedes beber *whisky*?

—Nunca más de una botella de un solo trago —bromeó Bram.

Dorothy Warner se echó a reír de buena gana. Sargent contemplaba a Bram con la expresión de quien está pensando por qué demonios se ha tenido que privar durante tanto tiempo de gozar de algo tan sencillo como es una formidable amistad…

—Estoy de acuerdo contigo —dijo de pronto Bram.

—¿En qué?

—En lo que estás pensando. Somos un poco tontos todos… Nos conocemos en la Universidad, nos queremos, jugamos al *rugby* hombro con hombro durante años, nos repartimos las chicas más guapas del lugar, y luego, de pronto, ¡adiós! Desperdiciamos algo sencillo y hermoso: la buena amistad.

—Caray —sonrió Sargent—. ¿También os enseñan a leer el pensamiento en el FBI?

—¿Sabes eso? —musitó Bram.

—Claro. El FBI hizo una buena adquisición contigo, Bram. Pero con nosotros no es necesaria la pistola… ¿Por qué no te la quitas ya? Estás poniendo nerviosa a Dorothy.

—Oh… Vaya, lo siento de veras —se la quitó, dejándola sobre una repisa, y se puso la chaqueta; luego, se apretó el nudo de la corbata—. De todos modos, si no habéis faltado a la ley, no pienso disparar contra vosotros. Voy a ponerme los zapatos.

—¿Lo ha hecho alguna vez? —preguntó Dorothy.

—¿El qué? —Alzó las cejas Bram—. ¿Ponerme los zapatos?

—Disparar contra alguien.

—Ah… Pues… —Bram miró a su amigo—. No. No, no… Soy un buen muchacho, ¿no es cierto, Henry?

—Muy bueno —murmuró éste, captando la expresiva mirada del agente del FBI—. No harías daño ni a una mosca. Mientras te pones los zapatos, Dorothy y yo prepararemos esos tragos. ¿Okay?

—¡Okay! Yo sí quiero soda, Henry. Allá tenéis la cocina, y ahí el bar. Poneos cómodos.

Fue al dormitorio, se puso los zapatos, y luego, al mirarse al espejo, decidió cambiarse la camisa. La limpieza más inmaculada desaparece después de todo un día sudando por ahí… Cuando salió al *living*, Dorothy había servido *whisky* en tres vasos, y Henry regresaba de la cocina con un recipiente con cubitos de hielo.

—Siempre tan pulcro y ordenado —comentó Sargent—. Por el aspecto de tu apartamento, yo diría que te has casado.

—Pues no. Siempre fui un tipo con suerte.

—¿Sugiere que Henry no la tiene? —Frunció cómicamente el ceño Dorothy.

—Más que yo.

—Ah.

Se echaron a reír los tres. Se sentaron, y cada uno bebió un sorbito de su vaso, mirándose. Durante unos segundos reinó un extraño silencio, que casi resultó molesto.

—Bram… —dijo de pronto Sargent—. Siempre fuimos buenos amigos, aunque haga ya cinco o seis años que no nos vemos. No vamos ahora a darnos disculpas el uno al otro por no habernos visitado, porque yo creo que no es necesario entre nosotros… ¿Exacto?

—Exacto —musitó Bram.

—Bien. Tampoco quiero que pienses que sólo me he acordado de ti cuando…

—Al grano, Henry. ¿Cuál es tu problema?

Henry y Dorothy cambiaron una mirada, que, ciertamente, fue captada por el
G-man.

—Podríamos… vernos a partir de ahora, Bram, y charlar de los viejos tiempos. Apuesto a que tendremos muchas cosas que contarnos. Sobre todo, tú. Pero no quiero que pienses…

—Al grano —gruñó Bram.

—Me parece que a mi futuro suegro le ocurre algo grave, Bram.

El
G-man
asintió con la cabeza. Dorothy Warner mostraba una expresión inquieta, preocupada. Y, por supuesto, Sargent no estaba menos preocupado que ella.

—¿Qué cosa le ocurre? —preguntó.

—No lo sabemos exactamente.

Bram Randall parpadeó.

—Veamos, Henry… ¿Has venido a pedir mi ayuda personal, o la ayuda del FBI?

—En principio, tu ayuda personal, Bram. Si nuestras suposiciones son ciertas, yo no quisiera complicar las cosas…

—Entiendo. Dime qué le ocurre a tu futuro suegro.

—Ha retirado todo nuestro dinero del Banco —dijo Dorothy, con voz un tanto velada—. Esta mañana fui a retirar cien dólares que necesitaba, y me dijeron que… que mi padre, en persona, había retirado ayer la totalidad de nuestro saldo. Tenemos una cuenta en común que…

—¿Cuánto dinero retiró su padre?

—Todo… Dejó solo cuatro dólares y algunos centavos… Para conservar la cuenta, supongo… Retiró… casi ochenta mil dólares.

Bram Randall quedó poco menos que congelado de espanto.

—Ochenta mil dólares… —susurró luego—. ¡Demonios! ¿Y para qué quiere semejante cantidad en efectivo?

—No lo sabemos —intervino Sargent.

—Bueno… ¿Y por qué no se lo habéis preguntado?

—Yo lo he hecho, esta tarde. Me ha respondido que eran cosas suyas y que no debía preocuparme, que ya ganaría más dinero. Dijo que lo necesitaba, y que eso era todo. Casi se enfadó cuando insistí, y me… me dijo que no me metiese en sus cosas.

—He pensado —murmuró Henry— que quizá se lo ha dado a alguien.

—¿Chantaje? —sonrió secamente el G-man.

Los visitantes se quedaron mudos de pronto, cambiando una mirada. Durante unos segundos, permanecieron silenciosos, sin mirar a Bram, que encendió un cigarrillo, bebió un sorbito de *whisky*…

—Henry, si no hablas claramente conmigo, no podré ayudaros. ¿Creéis que es chantaje? ¿Es eso?

—Pues no… Bueno, es que nosotros también habíamos pensado en eso, Bram, pero… Francamente, se me hace difícil creer que mi futuro suegro pueda tener esa clase de contratiempos.

—Es un contratiempo al alcance de muchas personas. ¿A qué se

dedica el señor Warner?

—Es científico.

—Sí… —musitó Dorothy—. Él vive en su mundo aparte. Siempre está en su laboratorio, con sus aparatos, sus análisis de cosas, sus estudios… Últimamente, trabaja con tal intensidad que incluso tuvo que buscarse un ayudante. Bueno, una ayudante: la doctora Gish. Los dos están siempre trabajando, encerrados. Son… unos fanáticos de la Ciencia.

—Eso no es del todo malo —sonrió levemente el agente—. ¿Cómo es esa doctora? ¿Quién es? ¿Dónde la encontró su padre?

—Papá puso un anuncio en los periódicos. Se presentaron varios candidatos, los estuvo probando… Y decidió quedarse con Lilian Gish.

—¿Dónde había estado ella antes, a qué se dedicaba? ¿Sabe si su padre y ella se habían conocido anteriormente?

—Bram…, ¿cree que la doctora Gish pueda tener algo que ver con esos ochenta mil dólares?

—Pues no sé… No sé, Henry. Pero ochenta mil dólares no se gastan así como así. ¿Había hecho esto su padre alguna vez antes, Dorothy?

—¡Desde luego que no!

—¿Ha notado algo raro en él últimamente?

—No sé… Quizá me ha parecido que estaba más distraído que de costumbre… Y… y…

—¿Sí?

—Hace un par de días está… como ansioso. Recibió una llamada telefónica; y, en lugar de hablar con libertad, en voz alta, como siempre, se fue al fondo del *living* y bajó la voz, para que Henry y yo no pudiésemos oírle. ¿Cree que esto puede tener algo que ver…?

—Es muy posible. Creo que lo primero que habría que hacer es interesarse por esa doctora Gish, claro. Hay que admitir la posibilidad de que ella… Perdonad un momento.

Había sonado el teléfono, y Bram fue allá, lo descolgó…

—¿Sí?

—¿Cómo? —gritó.

—¡Pe… pero… no es posible…!

—Por Dios… ¡Voy en seguida, Phil! ¿Dónde has dicho…? Sí, sí… De acuerdo. ¡Salgo inmediatamente!

Colgó el teléfono, se quitó la chaqueta y se puso la funda en el hombro. Se puso de nuevo la chaqueta y corrió hacia la puerta… Se volvió de pronto, agitado, sobresaltado todavía, y miró a los dos asombrados visitantes.

—Henry, Dorothy…, perdonadme. ¡Tengo que marcharme ahora mismo! Seguid bebiendo, cenad aquí si queréis, poned música… Pero no sé cuándo regresaré. Mañana seguiremos hablando sobre esto. ¿Dónde os encuentro?

—En… en mi casa —dijo Dorothy—. En el dos mil cuatrocientos de Lawndale…

—¡De acuerdo! ¡Iré allá en cuanto pueda! ¡Adiós!

—Pero, Bram…

—Henry, te aseguro que esto es mucho más urgente, y con toda seguridad más importante. No olvido vuestro asunto, te lo prometo. Volved allá, vigilad al padre de Dorothy, a esa doctora… En cuanto me sea posible seguiremos con esto, o veré de enviaros a alguien que os solucione el asunto… ¡Perdonadme! ¡Adiós!

Y se marchó como una exhalación.

Ser agente especial del FBI siempre ocasiona consecuencias de esta clase.

Naturalmente, el cordón de policías permitió el paso a Bram cuando éste fue mostrando su placa del FBI. Había dejado su coche más atrás, a un lado de la carretera. Para cuando llegó junto a su jefe, el G-man tenía ya una idea muy clara de lo que había sucedido: tres ambulancias, camilleros, médicos, policía, una camioneta de la NASA volcada junto a la carretera, un coche incrustado en un árbol, motos tumbadas y apartadas a un lado, curas de urgencia, hombres mohínos, polvorientos, algunos con sangre… La confusión había cedido ya, y la cosa, más que cuestión médica, estaba tomando ya un cariz policíaco. Estaba el capitán Mulberry del Police Department de Houston, con sus hombres. Pero estaba bien claro que el propio Mulberry había requerido la ayuda del FBI, poniendo en movimiento nada menos que al inspector-jefe Sam Kent, jefe de la Delegación de Houston.

Había muchos focos encendidos, y algunos agentes de la Highway Patrol desviaban la marcha de los vehículos particulares

que pasaban por allí…

—Buenas noches, señor. Phil, Wallace…

—Hola, Bram —saludó su jefe—. ¿Qué te parece esto?

—Pues yo diría que el clásico asalto, señor. Pero… Bueno, veo ahí una camioneta de la NASA, pero todavía me pregunto si oí bien lo que me dijo Phil por teléfono. ¿Han robado la… la…?

—La luna —sonrió ceñudamente Kent—. Es decir, pedacitos de ella. Mulberry está hablando ahora con gente importante de la NASA, que han venido como rayos.

CAPÍTULO II

—Pedacitos de luna —murmuró Bram, todavía atónito—. Esto es fantástico. ¿Ha habido muertos?

Kent y los dos G-men que estaban con él quedaron sombríos, fruncido el ceño.

—Dos. Uno de los empleados de la NASA, que iba en la camioneta salió disparado al volcar ésta, y se ha roto el cuello. También ha muerto un vigilante especial, que iba en el coche; se rompió el volante, le hundió varias costillas, y una de ellas se clavó en su corazón. Los demás saldrán de ésta.

—Bien. —Bram se pasó la lengua por los labios—. ¿Hay alguna pista, alguna posible identificación…?

—Nada. Fueron atacados por dos helicópteros, que lanzaron un humo blanco con una especie de bazooka, o algo así, que los durmió a todos. Y todavía estarían durmiendo si los médicos que han venido no les hubieran inyectado no sé qué cosa… Uno de los motoristas dice que pudo ver a uno de los hombres que ocupaban un helicóptero, el que les atacó por el frente. Llevaba una máscara antigás, según parece. No hay huellas, ni la menor pista, por el momento. La policía y algunos de los nuestros están buscando un posible error de esa gente, pero…

—El atraco perfecto, ¿eh?

—Bueno, eso parece… ¡Ahí vienen Mulberry y los de la NASA! Veamos qué dicen…

El capitán Mulberry estaba de un humor pésimo. Los cinco altos empleados de la NASA estaban pálidos, asustados…, y todavía no acababan de comprender la realidad de lo sucedido.

—Un gran golpe, Kent —murmuró Mulberry—. La camioneta

llevaba una caja de plomo que contenía cinco onzas de suelo lunar…

—¿Quiere usted decir tierra? —preguntó Phil.

—Pues… tierra de la luna, en efecto. De algún modo hay que llamarla. Esas cinco onzas de suelo lunar son parte de la pequeña cantidad que recogieron los astronautas del Apolo Once, y su destino era Londres, desde donde se enviarían pequeñas cantidades a los centros científicos de algunos países, para que fueran analizadas. Era un obsequio múltiple que Estados Unidos y la NASA querían hacer a los científicos de varios países.

—Entiendo. Evidentemente, quien planeó esto conocía perfectamente el horario, todos los detalles…

—Eso no era difícil —murmuró un empleado de la NASA—: no se había hecho un secreto de ese envío, inspector Kent. Ésta es una cuestión científica, y la NASA y nuestro Gobierno queríamos demostrar al mundo que estamos dispuestos a compartir nuestros adelantos en toda clase de ciencias.

—Me parece magnífico. Pero, señor Carpenter…, ¿valía la pena robar esos… pedacitos de luna?

—¡Por Dios…! ¿Está hablando en serio, inspector? —intervino otro miembro de la NASA—. Esas muestras de suelo lunar pueden valer cientos de miles de dólares en el mercado negro científico internacional.

—¿Ésos… pedacitos de… tierra? —masculló el
G-man
Wallace Martins.

—¡Sí, señor, esos pedacitos de tierra!

—No se exciten, caballeros —apaciguó Kent—. Por supuesto, entendemos lo que están diciendo ustedes. Es como si al FBI nos ofrecieran un microfilme en el que se especificase todo el sistema de espionaje extranjero que actualmente está funcionando en este país. Cada uno le da importancia a una cosa diferente. Ahora, no vamos a discutir sobre si esas cinco onzas de suelo lunar pueden valer cientos de miles de dólares o sólo unos centavos. Eso no importa. Lo que importa son dos cosas esenciales, a mi entender. Una: han muerto dos hombres. Dos: han robado algo que, indudablemente, podemos considerar como… patrimonio de los Estados Unidos de América. ¿Todos de acuerdo?

Cuantos rodeaban a Sam Kent asintieron con la cabeza. Dos policías de uniforme se acercaron en aquel momento a Mulberry, que los miró interrogante. Uno de ellos se acercó más y musitó unas palabras cerca de su oído. Mulberry asintió con la cabeza, y los dos agentes se alejaron.

—La prensa… —Gruñó—. Ya los tenemos aquí. Y también van a venir los de no sé qué canal de televisión. ¿Qué opina, Kent? Yo creo que no hay por qué dificultarles su labor.

—Por el contrario —admitió el inspector del FBI—: hay que facilitársela. Que la noticia se difunda cuanto más mejor. Ése es uno de los buenos sistema para provocar confidencias o informaciones de personas que han visto algo raro y que no comprenden qué puede ser hasta que se enteran de lo que ha sucedido. Ocupémonos de nuestros asuntos ya. Mis hombres van también a interesarse en esto, directamente sobre el terreno, mientras nosotros definimos la situación y sus posibles consecuencias, Wallace, Phil, reuníos con los de Huellas, con todos… A ver si encontráis algo. Tú ven conmigo, Bram. Algo encontraremos.

CAPÍTULO III

A las diez y media de la mañana, todos los hombres del FBI regresaron a la Delegación, donde fueron recibidos por Sam Kent y Bram Randall, tan barbudos, tan fatigados como ellos.

—¿Algo nuevo, Wallace?

—No, señor —suspiró el
G-man
—. Todo está bien claro y definido. Sabemos que fueron dos helicópteros los vehículos utilizados, que se usó un gas blanco y es peso… Hemos encontrado, al amanecer, unas marcas fuera de la carretera, a los lados, que parece corresponden a helicópteros. No hay ninguna huella más… Desde luego, emplearon explosivo plástico para reventar la camioneta, pero no es ninguna pista que pueda ayudarnos. En cuanto a huellas de pies, había tantas cerca de las motos, la camioneta y el coche, que cualquiera sabe… Lo único que nos llamó la atención fueron unas huellas planas, lisas…

—¿Planas? ¿Lisas? Explícate.

—Yo diría, señor, que los hombres que tuvieron que bajar de los helicópteros para llevarse los pedacitos de luna llevaban sus zapatos enfundados en algo.

—Entiendo. Fundas para los zapatos, seguramente llevaban guantes, máscaras antigás… Magnífico trabajo el de esa gente, maldita sea.

—Lo lamento, señor. Le aseguro…

—Oh, vamos, Wallace, ya sé eso, no digas tonterías. Sé muy bien cómo trabajáis, y cómo lo hace la policía. Pero no se puede encontrar nada donde nada hay.

—Nosotros tenemos noticias de dos helicópteros —dijo Bram.

—¿Sí? —se animó la expresión de Wallace y los demás—. ¿Qué

clase de noticias?

—Una lancha de los Guardacostas vio ayer, al anochecer, dos helicópteros, volando mar adentro, en dirección Este. Y eso es todo.

—Quizá sean los que nos interesan… ¿Cómo eran esos helicópteros?

—Psé. Corrientes. No se fijaron de modo especial en ellos.

—¿No los han vuelto a ver?

—No. Pueden estar ahora en un millón de sitios. Y si fuesen encontrados abandonados por ahí, o algo parecido, tampoco averiguaríamos nada. Serán robados, o alquilados bajo nombre falso, por tipos con barbas… Lo clásico. Lo mismo están en Nueva Orleáns que en Miami, o se han ido hacia el Norte, o para despistar han vuelto hacia el Oeste… No es una situación agradable, ¿verdad?

—Pero algo habrá que hacer —opinó Phil.

—Seguro —sonrió cansadamente Sam Kent—: ¿por qué no comemos algo todos, muchachos? Id a daros una ducha, afeitaos, comed algo… Os doy dos horas de permiso.

—A eso le llamo yo generosidad, señor —sonrió Bram.

Faltaban todavía cinco o seis minutos para que se hubiese cumplido el generoso plazo cuando Bram Randall entraba de nuevo en la oficina de su jefe, que también se había afeitado, cambiado de camisa, y tenía en una mesita los restos de un desayuno abundante. Bram se había duchado, afeitado y cambiado completamente de ropa, y aparecía fresco y pimpante como si aquella noche la hubiese pasado en el mejor de los sueños. Entró casi sonriendo, y, nada más ver la expresión de Sam Kent, comprendió que había algo nuevo, algo interesante.

—¿Qué es ello, señor?

—¿Qué?

—La novedad. Algo ha ocurrido, ¿no es cierto?

—Es cierto. Cassidy, el jefe de la Delegación de Nueva Orleáns, me ha llamado hace unos minutos. Tiene allá a un hombre que puede sernos útil. Un tal Michael Foster. Se ha presentado allá esta mañana, diciendo que había leído la noticia del robo de la luna en los periódicos, y que tenía algo que notificar.

—Muy bien… —se animó Bram—. ¿Qué ha notificado?

—Asegura que hace unos días alguien le ofreció uno onza de

suelo lunar por cien mil dólares.

—¿Cómo? —musitó Bram.

—Le llamaron por teléfono, y le dijeron que dentro de unos días dispondrían de parte del material que los astronautas habían recogido en la Luna, y que si le interesaba, era a cien mil dólares la onza. De modo que tú, Wallace y Phil, vais a tomar el avión para…

—Un momento… Un momento, señor. Algo no encaja en esto.

—¿De veras? ¿Qué cosa, Bram?

—No sé… ¿Para qué quiere ese Michael Foster una onza de luna?

—Ah… Bueno, es un investigador, un científico de esos que se lo toman en serio. Para esa gente, poder analizar terreno lunar es algo maravilloso. Venderían su piel para conseguirlo. Tú me entiendes… La lástima es que el profesor Foster envió al demonio a la persona que le hizo la oferta, creyendo que le estaban gastando una estúpida broma. Sin embargo, ahora piensa que ellos pueden ser los que ayer asaltaron la camioneta de la NASA, y ha creído su deber acudir al FBI, en Nueva Orleáns, pues sabe que nosotros intervenimos en esto… Tenemos una probabilidad, Bram: que quien le ofreció a Michael Foster una onza de luna por cien mil dólares, repita su oferta ahora que la noticia se ha extendido por todo el país… y por el mundo entero. Es nuestra única posibilidad, por el momento.

—Sí, entiendo. Pero, no sé… Es un poco absurdo esto, señor.

—Creo que sé adónde vas a parar, Bram. Esa gente de los helicópteros ha cometido un… atraco para robar pedacitos de luna. Pero no les sirven de nada esos pedacitos si no los venden en el mercado negro científico. Parece una tontería, ¿verdad? Habría sido mucho más provechoso asaltar un Banco, o un coche blindado de los que transportan grandes cantidades de dinero… Se han complicado mucho la vida por quinientos mil dólares. Pero hemos de ceñirnos a los hechos, a lo poco que sabemos.

—Claro… Bueno, cinco onzas de luna, a cien mil dólares la onza, son quinientos mil dólares, desde luego. ¿No es una idiotez enorme, señor? Es como si yo, en lugar de robar un portafolios lleno de billetes, robara unos cuantos elefantes para venderlos.

—Bueno… —sonrió Kent—. Tienes un modo muy particular de presentar las cosas, Bram. Ah, Phil… Pasa. Hola, Wallace… Pasad todos, muchachos: hay una novedad que conviene conozcáis.

Mientras los demás os dedicáis a continuar la investigación aquí, en Houston, Wallace, Phil y Bram van a ir a Nueva Orleáns, donde…

—No… —musitó Bram, de pronto—. ¡No!

—¿Qué te ocurre? —Frunció el ceño Kent.

—No vamos a ir a Nueva Orleáns… todavía, señor. De eso pueden ocuparse los compañeros de allí… ¿O no?

—Cierto. Pero…

—¡Que hagan, ellos ese trabajo! ¡Por todos los demonios!, ¿cómo no he pensado antes en ello?

—¿Qué tal si nos explicas lo que estás pensando? —Gruñó Phil.

—Pues… Me voy. Me voy de paseo.

—Ah… ¿Ya tienes las vacaciones? —ironizó el
G-man
John Bainter.

—Casi… —sonrió Bram; miró a Kent—. ¿Puedo marcharme, señor? Déjeme en reserva a Wallace, Phil y John… Los demás, que sigan con sus cosas. Y llame a Nueva Orleáns, que los muchachos de allá se ocupen del profesor Michael Foster. Lo llamaré dentro de un par de horas… ¿Okay?…

Sam Kent se quedó mirando fijamente a Bram. Por fin, parpadeó varias veces, lentamente.

—Okay, Bram.

CAPÍTULO IV

Henry M. Sargent apareció anudándose el cordón del albornoz, todavía chorreando agua por todo el cuerpo. Se secó la mano como pudo en el albornoz y la tendió a su gran amigo de los buenísimos tiempo deportivos.

—Bram… ¿Qué tal? Francamente, no creí que te acordases de nosotros tan pronto…

—Hola, Henry… —sonrió el G-man—. Oye, ¿te estabas duchando, quizá?

—Estaba nadando un poco —rió Sargent—. Los Warner tienen una simpática piscinita detrás de la casa. No está mal esto, ¿eh?

—Desde luego que no… Hermosa casa, gran jardín, piscina detrás… ¡No me digas que te has instalado aquí!

—Todavía no —rió Henry—. Pero pienso dejar muy pronto mi apartamento. Cuando me case con Dorothy, claro. Un par de meses solamente nos faltan. Tengo que terminar unos estudios sobre… Eh, anoche vimos en la televisión eso de la NASA. Supongo que estuviste por allí, en la carretera.

—Claro.

—Pues comprendo perfectamente tus prisa, el plantón que nos diste a Dorothy y a mí… Esa gente está loca. ¡Mira que ir a robar pedacitos de luna! ¡Qué tontería!

—Una tontería muy grande —sonrió levemente el bueno de Bram—. Total, para vender luego esos pedacitos a cien mil dólares la onza…

—¿De veras? —Quedó estupefacto Sargent—. Pues sí que están locos, de todas todas… ¡No creo que haya nadie tan loco para escucharlos siquiera! Oh, vamos, eso es una broma tuya…

—No, no… Un científico de Nueva Orleáns, llamado Michel Póster, se ha presentado esta mañana en aquella Delegación, diciendo que hace varios días alguien le ofreció muestras del suelo lunar, a cien mil dólares la onza. Envió al demonio al supuesto bromista, pero esta mañana, al leer los periódicos, ha atado algunos cabos, y ha ido a contarle el asunto al FBI. ¿Vas comprendiendo?

—Bueno… ¿Han robado esas cinco onzas de luna para luego venderlas?

—Así parece, Henry. El profesor Póster, de Nueva Orleáns, ha tomado la decisión de ir a contarle el asunto al FBI. Sin embargo, no sería descabellado suponer, que otros científicos hayan preferido aceptar la oferta. Yo supongo que para los fanáticos de la investigación científica, poder analizar, estudiar una onza de suelo lunar, sería tanto como si a mí me dejasen entrar a mansalva en el Directorio Central de la MVD rusa. ¿Comprendes?

Henry Sargent parecía petrificado. Iba entendiendo, pero no del todo. El criado que había abierto la verja a Bram había vuelto a la casa, y, detrás de ésta, muy apagado, llegaba el rumor de algunos chapuzones en la piscina. Algunos coches pasaban por la avenida, enormes, silenciosos… Una pequeña bandada de pajarillos saltaba por encima de ellos, entre las ramas de una frondosa acacia…

De pronto, Sargent quedó completamente pálido, casi lívido.

—No… No, no… —susurró—. No, Bram, eso no…

—Bueno, querido Henry, ochenta mil dólares, ya lo dijimos anoche, no se gastan así como así. A buen seguro que tu futuro suegro no piensa comprar maní tostado con ellos.

—Bram, eso que estás pensando no puede ser…

—Oh, vamos, Henry —gruñó el G-man—. Sé juicioso. Eres un hombre inteligente, con una mente clarísima. Ni tú ni yo obtuvimos aquellas calificaciones en la Universidad por simple suerte. Somos inteligentes, sabemos pensar y razonar… ¿Acaso has cambiado?

—No… —murmuró Sargent—. No, pero esto… sería horrible… ¡No es posible que Adolph Warner, el padre de mi prometida, tenga nada que ver en esto!

—No he dicho tanto. Pero sí pienso que él puede ser otro de los compradores de la gente que ha robado los pedacitos de luna, como

los llama todo el mundo. Henry, ¿no lo entiendes? Ayer retiró ochenta mil dólares del Banco, todo lo que tenía… Yo no insinúo siquiera que él haya tenido nada que ver con ese robo, y mucho menos con la muerte de dos hombres que iban en aquel envío hacia el aeropuerto. Todo lo que digo es que tu futuro suegro, el científico Adolph Warner, puede muy bien ser un… presunto cliente de la gente que robó la luna… Henry, ¿lo comprendes?

—Sí.

—¡Bien! Quiero hablar con él, conocerlo… No le digas que soy agente del FBI. Seré un antiguo amigo tuyo que trabaja ahora en seguros de importancia. Nos vimos ayer, me dijiste que estabas pasando unos días en casa de tu prometida, me presentaste… Y yo, que soy un agente de seguros con gran vista, vengo en plan de cacería, a ver si me firmáis alguna póliza… Eso es todo.

—Bien… De acuerdo. —Sargent hizo una mueca que quería parecer una sonrisa—. ¡Y Dorothy y yo que anoche seguimos a la doctora Gish a su apartamento! ¡Pobre doctora Gish! Un momento… ¿Crees que ella puede saber algo de la compra de… de pedacitos de luna?

—¿Cómo puedo saber eso? —refunfuñó Bram—. Y hasta es posible que me esté equivocando con el profesor Warner. Pero, por si acaso… Sólo quiero hablar con ellos, estudiarlos… Vamos a su laboratorio, y…

—Oh, no están en su laboratorio esta mañana.

—¿No? ¿Dónde están?

—En la piscina, con nosotros. El profesor toma el sol, y la doctora Gish está nadando…

—¿De veras? Pues voy a tener oportunidad de ver a una ballena en unas piscina. Una ballena con bigote, supongo. Esas científicas, francamente, son menos femeninas que mis zapatos… ¿Y por qué no trabajan hoy? Creí que eso era lo único que les interesaba…

—No sé. El padre de Dorothy parece… asustado. —Henry Sargent parpadeó, como sorprendido por sí mismo—. Sí, eso es. Parece asustado…

—¿Quieres una teoría? —murmuró Bram—. Ha sabido que han robado la luna, que han muerto dos hombres en ese robo…, y, con toda lógica consecuente está asustado. En cierto modo, hasta es posible que se considere un poco culpable, Henry. Bueno…, vamos

a ver a tu guapísima prometida, a su padre y a la ballena con bigote en la piscina. Y recuerda: soy todo lo que sabes de mí, sólo que cambiando lo de agente federal por agente de seguros. ¿Okay?

—Sí, de acuerdo… Respecto a la doctora Gish…

—Ya hablaremos sobre ella luego. Déjame que yo obtenga mis propias conclusiones sobre ella.

—Como quieras. Vamos allá.

Cruzaron el bonito jardín, rodearon la casa, y, en seguida, vieron la piscina. Estaba rodeada de pinos, y a un lado había tres parasoles de colores, con mesas y sillas de metal y cristal. Bram vio en seguida a Dorothy Warner, caminando hacia ellos graciosamente, en bikini.

—Demonios, demonios, demonios —masculló cuando la muchacha le tendió la mano, saludándole—. Si no fuese usted la prometida de tan buen amigo, la raptaba.

—Eso sería un grave error, señor Randall —rió Dorothy—. El rapto es delito federal, y en unas horas tendría detrás de usted a todo el FBI.

—¡Brrr! —Se estremeció cómicamente Bram—. ¡Qué miedo!

Riendo, los tres se dirigieron hacia el otro lado de la piscina, rodeándola, hacia el parasol bajo el cual estaba Adolph Warner, con expresión un tanto mortificada. Estaba preocupado… Y asustado, desde luego. Pero comenzó a sonreír cuando vio acercarse a los tres.

Era un hombre delgado, de mediana estatura, sin ningún relieve físico. Llevaba una barbita pequeña y lentes de gruesos cristales. En conjunto, no podía parecerse más a la imagen tópica del profesor distraído que sólo piensa en sus investigaciones. Parecía como sacado de una película. Debía tener unos cincuenta años, quizá un par más…

Todo esto lo fotografió Bram Randall en un vistazo brevísimo, porque, en seguida, absolutamente toda su atención se concentró en la mujer que estaba en la piscina, nadando hacia el lado opuesto al que ellos se dirigían. La vio llegar a la escalerilla, comenzar a subir. En el acto, Bram Randall perdió de vista el resto del mundo, para ver únicamente a la muchacha… Bueno, ya debía tener cerca de treinta años, desde luego, pero… Ella se quitó el gorrito… No. No era un gorrito, sino una de esas pelucas para baño, que producen la impresión de que la bañista no lleva nada en la cabeza. Pero al

quitarse el gorrito, una mata de pelo rubio, largo, lacio, cayó sobre los hombros de la sirena, y, al mismo tiempo, Bram podía abarcar todo su cuerpo con la mirada. La impresión fue tal que Henry Sargent tuvo que tomarle del brazo, pues se iba directo a la piscina. Desde allí, los ojos azules de la sirena se veían como dos enormes manchas maravillosas en el blanco rostro. La boca era grande, sensual, sonrosada. El cuello, esbeltísimo, delicado… En cuanto al cuerpo, pedir más belleza y perfección sólo podía ocurrírsele a un chiflado…

—Papá, éste es el señor Randall, amigo de Henry… Bran Randall. Señor Randall, le presento a mi padre.

—Desde luego, no estoy chiflado, o sea… ¡Oh! Perdón… ¿Cómo está, señor Warner?

Los ojos de Adolph Warner fueron hacia la sirena, de nuevo a los de Bram, y acabó forzando una sonrisita maliciosa.

—Encantado, señor Randall. ¿No quiere sentarse?

—Preferiría… Oh, sí, sentarme… Gracias… Esto… Espero no ser inoportuno…

—No, no. ¿Quiere tomar algo? Los amigos de Henry siempre serán bien recibidos en esta casa. Bien recibidos, aunque no tan bien atendidos… Casi nunca estoy aquí; trabajo demasiado… Pero un día de sol le va bien a cualquiera, ¿verdad?

—Claro. Sí, eso es… Sobre todo, en bikini…

La sirena rubia se acercaba a ellos, en bikini, desde luego. Cuando llegó junto al parasol, Bram Randall notaba ya su corazón lanzado a todo galope. ¿Era posible aquello? El G-man estaba deslumbrado, y no debido al sol. ¿Estaba soñando, o en verdad existía una chica como aquélla en el mundo traidor en que vivía?

—Voy a presentarle… —dijo Warner—. Él es Bram Randall, un amigo de Henry. Señor Randall, ella es mi ayudante, la doctora Gish.

—¡No! —gimió Bram.

—Sí —sonrió Sargent—. No me dejaste advertirte…

Liban Gish había alzado las cejas, pero su educación se sobrepuso a su perplejidad.

—Mucho gusto, señor Randall —murmuró.

—¡Pues anda que yo…! ¡Más que usted!

—¿Más qué?

—¡Más gusto!

Por un instante, en los bellísimos ojos azules apareció una chispa como alegre, regocijada… Sólo un instante. La doctora Gish era demasiado seria para permitirse expansiones humorísticas, cosa que muy bien podía permitirse Bram, en su papel de agente de seguros.

—Supongo que eso ha sido una amabilidad, señor Randall. Muchas gracias.

—Yo… Vaya, aquí estamos… La vida…

—Discúlpelo —rió Sargent—. Normalmente, Bram es un hombre serio y juicioso, y hasta coherente. Pero parece que usted lo ha dejado fuera de combate, doctora. Mucho me temo que la mencioné ayer, y Bram sacó conclusiones equivocadas sobre usted.

—No se habría equivocado si no hubiera sacado ninguna —dijo tranquilamente Liban Gish—. Las conclusiones, señor Randall, sólo se obtienen mediante estudios concienzudos de la realidad visible, no por simples conjeturas.

—Ca… ca… caramba —tartamudeó Bram—. ¿De veras? Oiga, ¿de verdad estudia usted… ratas y cosas así?

—Entre otras cosas. Actualmente, y ayudada desinteresadamente por el profesor, estoy realizando particularmente unos estudios, una tesis sobre la posibilidad de crear por medios sintéticos células vivientes, vida sintética.

—¿La… la vida… sintética…? ¡Santo Dios! ¿Qué es eso?

—La posibilidad de crear por medios sintéticos células vivientes, señor Randall —intervino Adolph Warner—. La doctora Gish es de una inteligencia prodigiosa. Estoy convencido de que no tardará mucho en revolucionar el mundo científico con ciertos detalles de su exclusivo descubrimiento.

—Bueno… Caramba, yo creo que para revolucionar al mundo, todo lo que tiene que hacer la doctora Gish es salir en bikini a la calle.

Lilian Gish lo miró fríamente.

—¿Tiene usted algo que ver con el mundo de la Ciencia, señor Randall?

—¿Yo?

Pu-pues…

Demonios, creo que soy una célula viviente, ¿no? Claro que no soy sintético… Demonios, eso creo, al menos. Usted tampoco parece sintética. No tiene nada de artificial, ¿verdad?

—¿Usted qué cree?

—¿Quiere que le diga todo lo que creo sobre usted? —Abrió mucho los ojos Bram, perfecto en su papel de simpático agente de segures.

—Mejor que no. —Rió Sargent—. Le aseguro, doctora, que Bram es muy pintoresco y expresivo en sus opiniones. Hasta es posible que la hiciera sonrojarse.

—Lo dudo —sonrió de nuevo fríamente Lilian Gish—. Los científicos no nos sonrojamos fácilmente.

—Pues es un fastidio —aseguró Bram—. Apostaría algo a que sonrojada estaría usted aún más deliciosa. O un poco más bronceada por el sol… Debería tomarlo más a menudo. ¿Le gusta el mar?

—Me encanta el mar —aceptó en seguida Lilian Gish.

—¿De veras? Oiga, tengo un pequeño balandro que…

—Señor Randall —intervino con aceptable humor Adolph Warner—, ¿ha servido a llevarse a mi ayudante?

—Oh, no… ¡No, señor! He venido a ganar unos cuantos dólares…, y a asegurarles a ustedes su futuro. O bien, el de sus beneficiarios.

—¿Es usted agente de seguros? —Pareció decepcionarse Lilian.

—¡Exacto! Podríamos hablar sobre…

Se calló, mirando con interés al mismo sirviente que le había recibido cuando llamó a la verja. El hombre se había detenido cerca del grupo, mirando a Warner, que le hizo una seña para que se acercara. El criado se inclinó junto al científico, y todos vieron con absoluta claridad la ligera palidez que apareció en su rostro, que se crispó, se tensó durante un segundo escaso. El criado se retiró, y Adolph Warner se puso en pie, con una forzadísima sonrisa de cortesía.

—¿Me disculpan unos minutos? —musitó.

Se alejó hacia la casa, seguido por las miradas de todos. El
G-man
miró a Dorothy, y le hizo una significativa seña para que se fuese detrás de su padre. Dorothy obedeció, y Lilian Gish se quedó

mirando a Sargent y a Bram, con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —susurró.

El agente del FBI miró a Sargent, con una pregunta en los ojos. Pero su amigo encogió los hombros, y Bram entendió perfectamente que no conocía lo suficiente a Lilian para saber si podían confiar en ella. El G-man tomó su propia decisión al respecto.

—Doctora Gish —murmuró—, ¿qué sabe usted de la luna? Aparte de que es redonda, claro.

—¿Está bromeando, señor Randall?

—No. Supongo que ha leído la noticia en los periódicos.

—No leo casi nunca los periódicos. Sus noticias no merecen casi nunca mi interés.

—Pues esta mañana, en todos los periódicos del país, y seguramente en los del mundo entero, aparece una noticia que sí merecerá su interés, si no me equivoco: han robado la luna.

Lilian Gish quedó estupefacta, con la boca abierta. De pronto, la cerró, estirando los hermosos labios en una sonrisa.

—Verdaderamente, señor Randall, es usted muy simpático… Y muy ingenioso y fantástico, desde luego. Pero robar la luna…

—Pedacitos de luna, quiero decir —puntualizó Bram—. Ayer, al atardecer, unos hombres en dos helicópteros asaltaron un envío de la NASA, y robaron cinco onzas de terreno lunar, que llevaban al aeropuerto, para ser enviadas a Londres, donde serían regaladas a algunos Gobiernos europeos, para que sus científicos pudieran hacer análisis y cosas de ésas. Dígame doctora Gish: ¿qué daría usted por poder analizar una onza de terreno lunar, hacer pruebas, estudios…?

—Lo que fuese. Daría cualquier cosa que tuviera.

—¿Cree que el profesor Warner haría lo mismo?

—¡Naturalmente!

—Muy bien. Creemos…, es decir, estamos casi seguros de que las personas que robaron los pedacitos de luna los están vendiendo ahora a algunos científicos, a cien mil dólares la onza. Ayer, la señorita Warner fue a retirar una pequeña cantidad del Banco, y le dijeron que su padre lo había retirado todo con anterioridad. Ochenta mil dólares… ¿Le dice algo esto?

—Me dice que es posible que el profesor y yo dispondremos pronto de una onza de luna para estudiarla. ¿Es eso lo que esperaba?

—Sí. ¿Le ha dicho algo él?

—No.

—¿Está segura?

—No tiene derecho a llamarme embustera, señor Randall.

—Mmm… Lo lamento. Perdóneme. No soy agente de seguros, doctor Gish, sino agente del FBI. Estamos buscando a las personas que robaron esas cinco onzas de luna. Durante el asalto murieron dos hombres. Eso, sin contar con que los trocitos de luna que ahora hay en la Tierra son propiedad exclusiva del Gobierno de los Estados Unidos. Robar esas cinco onzas de polvo ha sido, prácticamente, igual que asaltar un Banco federal. ¿Lo entiende? Por mi parte, lo que llegue a pasar con esas cinco onzas de asqueroso polvo, me tiene sin cuidado. Pero estoy buscando a quienes mataron a dos hombres, u ocasionaron su muerte durante el asalto. Y cuando yo digo que busco a alguien, es que quiero encontrarlo, doctora Gish. Ahora, entiéndalo bien: mi única pista aquí, en Houston, es el profesor Warner. Querrán venderle una onza de luna… ¿Lo ha entendido todo o se lo aclaro?

—Usted… parece otro hombre ahora, señor Randall. Y no se moleste en más aclaraciones. Lo he entendido todo.

—Magnífico. Ahora, repetiré la pregunta: ¿le ha dicho algo el profesor Warner sobre la posibilidad de que ustedes podrían analizar suelo lunar?

—No.

—Gracias. ¿No ha oído usted nada, u observado en el laboratorio algunos preparativos extraños del profesor…?

—No. Lo que sí puedo decirle es que estos últimos días lo he notado nervioso, inquieto, como distraído más de la cuenta. En un par de ocasiones, cuando le hablaba de mis estudios sobre vida sintética, me di cuenta de que no me prestaba la debida atención… Y su decisión de no trabajar durante el día de hoy me ha sorprendido muchísimo.

—Está demasiado inquieto para concentrarse… —musitó Bram—. ¿Te das cuenta, Henry? ¡Tu futuro suegro está en tratos con unas personas para comprarles pedacitos de luna! Oh, vamos, eso

está clarísimo, no creo que nadie se atreva a contradecir mi teoría…, que es ya casi certeza absoluta.

—¿Qué puede, pasarle a él, Bram? —murmuró Sargent.

—Bueno. No sé. Depende de su parte de intervención personal en esto.

—¿Lo vas a detener? —Palideció Sargent.

—¿Estás loco? ¡Claro que no! Tú debes conocerlo bien, Henry; ¿crees que podríamos conseguir que se sincerase con nosotros?

—No —se apresuró a opinar firmemente Lilian—. No lo hará de ninguna manera, señor Randall. Por supuesto, le conozco menos que Henry, pero soy científica, como él. Si yo tuviera la oportunidad de conseguir esas muestras de terreno lunar, no lo diría a nadie. Absolutamente a nadie.

—¿Aunque le dijeran que sus palabras podían ayudar o encontrar a quienes han ocasionado la muerte de dos personas?

—Bien… Eso es una cuestión aparte, señor Randall.

—¿Aparte? —Palideció el
G-man.

—El profesor no podrá resucitar a esas dos personas. Por tanto, se limitará a comprar esas muestras, si puede hacerlo.

—Verdaderamente —deslizó Bram—, quizá sea usted sintética, doctora Gish. La obligación moral del profesor consiste en proporcionamos los datos que nos lleven a quienes quieren venderle esas muestras. Son unos asesinos. ¿Lo entiende usted? Ni legal, ni social, ni moralmente, el profesor Warner puede pasar por encima de estos hechos y limitarse a comprar unos pedacitos de luna.

—Nuestros puntos de vista son diferentes, señor Randall. Es muy de lamentar las muertes de esas dos personas, pero no por ello un científico debe renunciar a sus posibilidades.

—¿Qué clase de vida sintética está… preparando usted? ¿Monstruos?

—¡Señor Randall! ¡No le perm…!

—Vuelve el profesor —advirtió precipitadamente Sargent.

Adolph Warner se reunió con ellos, sentándose donde había estado antes. Su rostro estaba demudado, pero sus ojos brillaban intensamente, con una luz de alegría incontenible.

—¿Buenas noticias, profesor? —sonrió Bram, de nuevo en su papel de jovial y atolondrado agente de seguros.

—¿Cómo? Ah, pues sí. En cierto modo, sí, señor… señor…

—Randall, Bram Randall, agente de seguros.

—Oh, sí, perdóneme… Soy un poco distraído. ¿Ocurre algo, doctora?

—No, no —sonrió Lilian, que se había puesto en pie—. Creo que voy a aprovechar el día para ordenar un poco mi apartamento, profesor. A menos que haya cambiado de idea y quiera que trabajemos…

—Nada de eso. Nos merecemos un día de descanso, pero no tiene que marcharse… Puede quedarse aquí, almorzar con nosotros…

—Se lo agradezco de veras, profesor. Pero tengo mi apartamento bastante descuidado últimamente. Aprovecharé para ordenarlo.

—Bien. Como quiera.

—¿No le interesaría asegurar su apartamento contra incendios? —propuso Bram—. Apuesto a que tiene usted material inflamable y cosas así allá, doctora. ¿O no tiene laboratorio en su apartamento?

—Uno muy pequeño —murmuró casi secamente Lilian—. Pero no quiero asegurarlo, señor Randall.

—Pues asegúrese usted. Hay actrices que aseguran sus piernas, o su nariz… Usted debería hacerse un seguro de todo. Vale la pena.

—Supongamos, señor Randall —deslizó con claro sarcasmo la doctora— que me tienen que amputar una pierna… ¿Su compañía conseguiría que me creciese una pierna nueva?

—Caramba, no…

—¿Entonces…?

—Se le pagaría una indemnización.

—¿Creo que eso me satisfaría a mí? Hasta mañana. ¿A las nueve, profesor?

—Sí, sí, a las nueve…

Lilian Gish se alejó hacia la casa, en busca de sus ropas, y el G-man
estuvo siguiéndola con la mirada unos segundos, como fascinado.

—Tiene mucha personalidad —comentó al fin—. Y es muy hermosa.

—No creo que ella tenga eso muy en cuenta —sonrió Warner.

—Pues debería tenerlo. Bien, profesor, no pretendo parecerle un ave de presa, pero… ¿No teme que se le incendie su laboratorio?

—Todo es posible —admitió Adolph Warner, sonriendo—. Pero, por el momento, señor Randall, mucho me temo que no voy a asegurarme… contra incendios. Ni contra nada. ¿Ha tomado usted algo ya?

Media hora más tarde, Bram Randall, ocultando su pésimo humor, se disponía a abandonar la casa de los Warner. El profesor era un hombre tranquilo, pacífico, ciertamente distraído… Pero tenía una firmeza de carácter sensacional. No sólo no aceptó, por el momento, ningún seguro, sino que, pese a su habilidad, ejercida con extraordinario tacto, el experimentado agente del FBI no pudo adivinar nada sobre el asunto de la posible compra de pedacitos de lima por parte del científico.

—Tu futuro suegro, querido mío, es un hueso —masculló cuando Sargent le acompañó a la verja—. Pero yo estoy seguro de que está en tratos con alguien para el asunto que nos ocupa. Respecto a tu prometida, ella debió acompañarme hasta aquí, para decirme si pudo oír…

Se calló, porque Dorothy Warner llegaba en aquel momento, corriendo tras ellos. Captó la expresión inquisitiva de ambos hombres, y movió la cabeza negativa mente.

—Lo siento… No pude oír nada.

—En realidad, no importa —murmuró Bram—. Yo vuelvo ahora a la Delegación, a cambiar impresiones con mi jefe. Alguna decisión habrá que tomar, y ya imagino cuál va a ser. Esto, Henry —sacó un objeto de un bolsillo interior—, es una radio de bolsillo. Cuídamela bien… y permanece atento a ella. Cuando te llame, notarás una vibración allá donde la tengas… Quiero decir que la lleves siempre encima. ¿Sabes cómo funciona?

—No creo que sea complicado.

—Para ti, no, ciertamente. No perdáis de vista al profesor. Si saliera de la casa antes de que yo me haya comunicado contigo, llámame inmediatamente.

—Casi nunca sale.

—Hoy saldrá. O mañana, o pasado… Tiene que salir, te lo aseguro. Ah, otra cosa: ¿dónde tiene su apartamento la doctora Gish?

CAPÍTULO V

Lilian Gish abrió la puerta de su apartamento y se quedó mirando en verdad sorprendida a su muy inesperado visitante. Por fin, parpadeó, aceptando sosegadamente la realidad.

—Señor Randall… ¿Se ha equivocado de puerta?

—¿Puedo pasar? —sonrió el G-man.

—Pues… No sé. No es hora de visitas. Además, no estoy adecuadamente vestida…

Era cuestión de gustos. Lilian llevaba unos *blue-jean* y una blusita azul, como sus ojos, anudados los faldones ante su vientre, que se veía blanquísimo, terso, brillante. Una hermosa piel. Un pañuelo, también azul, recogía sus cabellos en lo alto de la cabeza. Todavía tenía en una mano la aspiradora.

—Me pareció que un científico no concedería importancia a esos detalles, doctora —sonrió de nuevo el federal—. Por otra parte, si me lo permite, le diré que está usted hermosísima. ¿Me permite que la ayude a poner en orden su apartamento?

—¿No insistirá en hacerme un seguro?

—No… —Bram alzó una mano—. Palabra de honor.

—¿Ni dirá frases ofensivas?

—¿Cómo puede pensar eso de mí?

Lilian Gish se apartó, dejó pasar al G-man y cerró la puerta.

—En realidad —dijo, cuando Bram se volvió—, estoy terminando. Sólo me falta colocar los sillones y el sofá en su sitio…

—La ayudaré con mucho gusto. Ah: también sé manejar una

aspiradora. Los solterones tenemos que aprender de todo un poco. Sé cocinar, lavar, planchar, coser los botones… Soy un mirlo blanco, en ese sentido.

Lilian Gish se quedó mirándolo atentamente durante unos segundos. Por fin, sonrió, y Bram Randall notó cómo su corazón emprendía aquel loco galope. Era una sonrisa nueva, diferente, luminosa.

—Acepto su ayuda. Pero nos repartiremos el trabajo adecuadamente. Yo, que soy una frágil mujer, acabaré de pasar la aspiradora. Usted, que es un hombre fuerte, de impresionante musculatura, colocará los muebles en su sitio. ¿Hecho?

—¡Hecho! —rió Bram.

Apenas diez minutos más tarde, el apartamento de Lilian Gish estaba en perfecto y definido orden. La doctora lanzó un suspiro y miró a Bram Randall con expresión agradecida.

—Bien… ¿Me lo dice ya o quiere tomar algo, señor Randall?

—Bebería una cerveza. Sólo por el placer de hacerlo en su compañía. Hace calor, ¿verdad?

—Cosas del verano… Vuelvo en un minuto. Mientras tanto, sírvase usted mismo, si es tan amable.

—Oh, sí… ¿Qué tomará usted?

—Coca-Cola.

—Entonces, yo también tomaré
Coca-Cola.
¿Con limón, o…?

—Sola. Un poco de hielo, si acaso. ¿Sabrá abrir el frigorífico?

—¡Cómo! Sé mucho más que eso… ¡Sé repararlo! Y mis tarifas son muy reducidas.

—Lo tendré en cuenta —rió ella.

Se fue al dormitorio. Cuando regresó, Bram estaba en pie, curioseando la librería y discoteca. En la mesita, ante el sofá, había dos vasos con hielo, junto a dos botellas de
Coca-Cola.
Lilian se sentó, y el
G-man
hizo lo mismo, ofreciéndole un cigarrillo.

—Bueno… —dijo ella—. Esto es otra cosa. Estoy siempre tan ocupada, que tenía el apartamento sucio y… Señor Randall: ¿en qué

puedo servirle?

—No a mí personalmente, doctora.

—Oh…

—Mmm. Está bien esta
Coca-Cola.
No parece sintética.

—¡No lo es! —rió Liban—. Por el amor de Dios, ¿acaso piensa que todo lo que me rodea es sintético?

—Evidentemente, no. Esto… Doctora Gish, durante estas últimas horas mi jefe, yo y unos cuantos compañeros, hemos estado… organizando nuestra… actuación. Tenemos la muy lógica teoría de que al profesor Warner lo llamaron esta mañana por teléfono, ¿recuerda?, para hablar sobre el asunto de los pedacitos de luna. Eso quiere decir, si juzgo por la expresión del profesor, que él está dispuesto a comprar ese material.

—Perfectamente lógico hasta aquí. ¿Qué más?

—Quizá salga hoy mismo de su casa, para ir a hacer esa insólita compra. Quizá salga mañana, o pasado, o dentro de una semana… En cuanto lo haga, pensamos seguirlo, naturalmente, a pesar de toda una serie de complicaciones que eso puede ocasionar. Por supuesto, Adolph Warner no es la persona indicada para darse cuenta de que lo estamos siguiendo, pero sus… proveedores de pedacitos de luna es de esperar que sean gente más avispada en estas cuestiones. Entonces, hemos pensado que sería muy conveniente saber por anticipado adónde irá el profesor, y, si es posible, con qué persona o personas va a entrevistarse. Si supiésemos eso, evitaríamos seguirlo. Podríamos esperarlo en el punto de reunión, de modo que cuando llegase allí, la persona o personas que estuviesen esperándole, no sospecharían nada de los ocupantes de un auto que ya llevaría un buen rato. ¿Comprende?

—¿Usted quiere que yo consiga esa información del profesor?

—Bueno… Pensé en Dorothy y en Henry… Pero temo que el profesor no hablaría con ellos, no les diría nada. En cambio, usted es un colega. Puedo hacer comentarios sobre la luna, sobre el robo que se cometió ayer en la carretera… Los periódicos explican casi todos los detalles. Poco a poco, quizá usted conseguiría llevar la conversación al terreno que nos interesa, incluso haciendo comentarios sobre lo muchísimo que a usted le gustarla, tener esas

cinco onzas de luna…

—Señor Randall, ¿me está pidiendo que traicione la confianza que el profesor podría depositar en mí?

—Sí.

—¿Tiene el FBI derecho a hacer esto?

—No.

—Entonces, no lo haré.

—Doctora Gish…

—¡No lo haré! Quizá le parezca a usted sintética, señor Randall, pero tengo un corazón normal que me impide traicionar a una persona que confía en mí. Lo siento… por ustedes. ¿Por qué no van a exigirle al profesor que les diga todo lo que sabe?

—También se ha pensado en esa posibilidad… —Gruñó Bram—. Y no la consideramos conveniente. Lo echaríamos todo a perder. Tenemos que permitir que el profesor haga su parte, que se entreviste con quien sea. Lógicamente, él no sabe nada de nada, excepto que alguien, en algún momento, en algún lugar, le entregará una onza de luna por cien mil dólares…, o por ochenta mil. Quizá le hayan hecho una rebaja, o él haya conseguido de algún modo los veinte mil que le faltan… No podemos ir a verlo, decirle lo que sospechamos y exigirle que se sincere con nosotros. La razón más poderosa para no hacer esto, es que el profesor no nos podría decir nada realmente valioso… Tenemos que dejar que acuda a la cita, o que alguien le visite, para entregarle esos pedacitos de luna.

—Le entiendo muy bien, señor Randall. No lo haré.

—Comprenda que… —Bram respingó y sacó la radio del bolsillo —. ¿Sí?

—¡Bram! —Se oyó la voz de Henry Sargent—. ¡Ha salido!

—¿El profesor?

—¡Claro! Oye, si yo tengo tu radio de bolsillo, ¿cómo es posible que tú…?

—Oh, vamos, Henry, tengo otra, muchacho… ¿Va sólo el profesor?

—Sí, claro… Acaba de salir en su coche.

—¿Dónde estás tú?

—En mí coche, con Dorothy… Lo estamos siguiendo.

—¡Manteneos a distancia, hasta que seáis relevados! Henry, no

te acerques demasiado… ¡Pero no lo pierdas de vista! ¿Por dónde vais ahora?

—Oh, todavía por Lawndale… Hacia la Doscientos Veinticinco, según parece.

—En dirección a La Porte… Bien. Es posible… Sí, querrán verlo fuera de Houston. Henry, ve detrás, y queda atento a mi llamada… Quiero saber en todo momento dónde está el profesor. Eso es todo para ti. Phil, ¿lo habéis oído todo?

—Claro, Bram —oyó la voz del G-man Phil Abbot—. Salimos como rayos hacia La Porte. Y no nos digas a nosotros lo que tenemos que hacer: nos mantendremos a distancia adecuada.

—¡Vale! —Bram se puso en pie, guardando la radio—. ¡Hasta otra, doctora Gish, ya nos veremos…! Un momento: ¿conoce usted el auto del profesor Warner?

—Desde luego.

—¡Venga conmigo! No sólo me lo señalará cuando le demos alcance, sino que pareceremos una pareja de inocentes enamorados. ¡Vamos! ¿Qué está esperando?

—Ya le he dicho que no pienso traicionar al prof…

—¡No sea infantil! Esto ya no es traicionar a nadie… Quiero que entienda algunas cosas, doctora. Si no colabora, podría ser acusada de complicidad con el profesor. Al cual, entre otras cosas, si nos lo proponemos, podemos también acusarle de complicidad con quienes cometieron el asalto y ocasionaron dos muertes… ¿No comprende esto?

Lilian Gish palideció.

—¿Podrían acusar de eso al profesor?

—¡Naturalmente! La obligación de él era haberse puesto en contacto con nosotros, o con la policía, como hizo el profesor Foster de Nueva Orleáns… Podemos incomodarlo mucho por no haberlo hecho, si se nos pierde de vista y no conocemos exactamente lo que está habiendo. Podemos…

—Iré con usted.

CAPÍTULO VI

—¿Henry? ¿Por dónde vais ahora?

—Seguimos por la Doscientos Veinticinco. El profesor va a una velocidad que roza los límites de lo permitido. Dorothy está asustada… ¿Dónde estás tú?

—Calculo que muy cerca de vosotros. Escucha bien: dentro de pocos minutos, os voy a posar con mi coche. En cuanto me veas, das la vuelta y regresa a casa de los Warner. ¿Entendido?

—Pero…

—¡He dicho que regreséis en cuanto me veas pasar! Y no te desconciertes si ves una linda chica a mi lado. Eso es todo. Phil, ¿por dónde estáis?

—Detrás de tu amigo —replicó Phil.

—Bien… Os voy a pasar a todos, ¡y mucho cuidado con acercaros si yo no os lo digo!

—Gracias por el consejo, tío listo.

Bram cerró la radio, la guardó y miró a Lilian Gish.

—Agárrese bien, doctora, que vamos a despegar.

Apretó el pedal del gas, y el coche pareció dar un salto hacia delante. La persecución iba a ser difícil, pues si rebasaba la velocidad nocturna permitida, la Highway Patrol lo iba a parar. Podía solucionar eso en seguida mostrando su placa, pero no le convenía llamar la atención de nadie sobre su coche. La posibilidad de que al profesor lo estuviesen siguiendo otras personas, esperando el momento del contacto, no le había pasado, por alto…

Apenas cinco minutos más tarde, pasaba junto al coche que conducía su compañero John Bainter, llevando detrás a Phil Abbot y a Wallace Martins. Dos minutos más tarde rebasaba al coche que conducía Henry Sargent. Y en seguida, todavía lanzado a casi

sesenta millas por hora, Lilian Gish señalaba hacia delante, hacia el coche que quedaba iluminado por detrás con las luces largas del que conducía Bram Randall.

—¡Ése es el coche!

Bram bajó las luces y quitó el pie del pedal del gas. Luego, mantuvo la distancia un poco más holgadamente, pero siempre viendo las luces rojas del coche de Adolph Warner.

Y comenzaban ya a verse las luces de La Porte, localidad situada junto al mar, cuando el coche de Warner aminoró tanto la marcha que Bram estuvo a punto de alcanzarlo. Refunfuñando, metió el pie en el freno, y lanzó una exclamación cuando, de pronto, el coche de Adolph Warner desapareció, hacia la derecha de la carretera…

—¡Phil! —llamó per la radio—. ¡Se ha detenido fuera de la carretera! Voy a rebasarlo, y volveré a pie, a ver si consigo enterarme de algo…. ¡No os acerquéis más, por el momento! ¡Parad!

—De acuerdo, Bram.

Cuando pasó por el punto elegido por Adolph Warner para salirse de la carretera, todavía pudo ver, un instante, las luces traseras del coche, antes de que fueran apagadas. Continuó unas trescientas yardas hacia La Forte, detuvo el coche fuera de la carretera, apagando todas las luces, y salió a toda prisa. Metió la cabeza por la ventanilla, de pronto.

—¡No se mueva de aquí, doctora!

Se apartó de la carretera, regresando por entre matorrales y árboles hacia donde había metido su coche el profesor. Cuando llegó allí, todo lo que pudo ver fueron las luces del coche de Warner, recién encendidas. Escondido tras unos matorrales, vio pasar al profesor, al volante de su coche, regresando a la carretera; salió a ésta y tomó la dirección de regreso a Houston… Estaba todavía vacilando Bram respecto a lo que debía hacer, cuando, más hacia el fondo, rugió de pronto un motor. Se encogió al ver las luces rojas de detrás, y estuvo mirando el otro coche cuando aparecía, de espaldas, al pequeño claro. Maniobró, enfiló hacia la carretera, y pasó, meciéndose suavemente sobre los amortiguadores. Era un coche más bien pequeño, blanco, fácil de ver… Al volante, una mujer. Notó la vibración en su radio de bolsillo y la sacó rápidamente, admitiendo la llamada.

—¡Bram, el profesor acaba de pasar de regreso!

—Lo sé, Phil. Dejadlo. A él lo encontraremos en cuanto queramos. Su contacto es una mujer, que ya en un coche blanco, deportivo… Y ella se dirige hacia La Porte. Seguidnos, pero manteneos a distancia.

—¡Sería mejor detener a esa mujer!

—Lo haremos. Pero veamos si conseguimos antes saber adónde va… ¿No te parece?

—Está bien.

Regresó a toda velocidad al coche y se sentó al volante, jadeando. Lo puso inmediatamente en marcha, saliendo a la carretera.

—¿Ha… ha descubierto algo, señor Randall?

—Desde luego, doctora. ¿Ha visto pasar un coche blanco, deportivo, con una mujer al volante?

—Sí… ¡Sí!

—Pues ella es quien se ha entrevistado con el profesor, más atrás. El profesor está ya de vuelta hacia Houston. Ahora, veamos adónde va esa mujer del coche blanco.

—¿La van a… a detener?

—¡Por supuesto! Pero sabemos por experiencia que no hay que precipitarse en situaciones como ésta. Veamos adónde va, con quién se ve ella, qué hacen… No hay que sacar la red antes de tiempo.

—¿La red?

—La red, doctora. Esto es como ir de pesca. Primero, se tira la red al agua… Pero sería una tontería retirarla en seguida, ¿no le parece? Hay que esperar a que se llene de peces Cuantos más, mejor. ¿Se está divirtiendo con esta «tremenda» aventura?

—Me parece que no.

—Claro… Aquí no hay nada sintético. Todo es real. Pero no se asuste, por ahora… ¡Ahí tenemos el coche blanco! Parece que no tiene ninguna prisa la dama que lo conduce…

CAPÍTULO VII

El pequeño deportivo blanco se detuvo antes de llegar a La Porte, en el Sunway Parador, que estaba a la izquierda. Pasó por delante del surtidor de gasolina y se detuvo, por fin, en el aparcamiento que había a la derecha. Una muchacha joven, rubia, de gracioso caminar que hacía ondular su bien formado cuerpo, se apeó, llevando un portafolios en la mano izquierda. Sin cerrar el coche con llave, se fue directa hacia el parador, cruzando la pequeña explanada iluminada por las luces que llegaba de las ventanas. Había bastantes coches estacionados, de modo que Bram tuvo que quedarse al extremo del aparcamiento. Estaba dedicando toda su atención a la muchacha rubia cuando llegó otro coche, grande, oscuro, que se dirigió hacia el fondo del estacionamiento, sorteando los demás vehículos.

Bram Randall miró hacia atrás y aprobó con un gesto de cabeza, satisfecho, al no ver el coche en el que iban sus compañeros. Por supuesto, ellos no necesitaban que nadie les dijese lo que tenían que hacer. Esperarían.

El último coche llegado estaba maniobrando, para quedar entilado hacia la salida. Y justo en el momento en que la muchacha rubia del portafolios, en la entrada al parador, se volvía, mirando a todos lados, las luces del coche grande daban de lleno en el de Bram, iluminándolo completamente… Sin vacilar, el G-man se volvió en el asiento, abrazó a Lilian Gish atrayéndola con fuerza, y la besó en los labios, a toda prisa. Notó cómo se tensaba el cuerpo de la doctora, y supo que se había atragantado con el respingo de sobresalto. Se quedó tan quieta que parecía de piedra… Durante dos o tres segundos, las luces del coche grande estuvieron iluminando la

escena. Cuando se apagaron, Bram Randall quiso dar un suspiro de alivio, recuperando el aliento. Se apartó y se quedó mirando a la doctora, que estaba con los ojos cerrados, la barbilla adelantada, los labios entreabiertos…

—Discúlpeme… —musitó el
G-man
—. Pero no se me ocurrió otra cosa… Lo lamento.

Ella abrió los ojos, y Bram quedó sobrecogido, al verlos tan brillantes, diferentes, como abiertos a un nuevo mundo lleno de desconocida luz.

—No… no importa —susurró ella, con voz velada.

El
G-man
miró hacia la puerta del parador. La muchacha del portafolios ya no estaba allí. Recurrió de nuevo a la radio.

—¿Phil? La mujer que…

—¿Qué te pasa en la voz? ¿Estás ronco de pronto?

—No… Ejem… Esto… La mujer que ha entrado en el parador. Es muy joven, rubia… Lleva un portafolios, que seguramente le ha entregado Adolph Warner, con el dinero, claro. Voy a esperar un poco antes de entrar, por si veo dentro algo interesante… ¿Dónde estáis?

—Muy cerca, viendo el parador. ¿Vamos ahí?

—No sé. Quizá sea mejor que no… Es posible que esa chica haya entrado sólo a tomar un café, y que salga en seguida…

—Oh, vamos, Bram… ¿Qué te pasa? ¿Acaba de cobrar ochenta o cien mil dólares, y va a detenerse a tomar un café? ¡Alguien la está esperando ahí dentro, hombre! ¿Qué demonios te pasa?

—Nada… Tienes razón. Voy a entrar. Estad atentos.

—¿Atentos? Vamos a rodear ese parador. Y ten cuidado, Bram.

—Está bien. Yo voy a entrar ya.

Cerró la radio y se volvió hacia Lilian Gish, que lo miraba fijamente, de un modo extraño, que a Bram le pareció franca y decididamente hostil.

—Voy al parador… —musitó—. No creo que pase nada, pero si así fuese, déjese caer al piso del coche. Yo… lamento lo que…

—Está bien.

—Le aseguro que no he pretendido abusar de la situación. Pero

no quise que esa mujer me viera, y… Bien, fue una reacción quizá estúpida por mi parte, pero me pareció la más lógica para que la mujer no se fijase en nosotros. A veces, la caza se espanta por cualquier cosa, doctora Gish.

—Sí, lo entiendo.

—Le ruego que me perdone.

Lilian Gish inclinó la cabeza y no contestó. En vano, Bram estuvo esperando unos segundos el perdón por su gran «pecado». Ella ni siquiera le miraba ahora. Por fin, el G-man salió del coche, muy mohíno, y comenzó a caminar hacia la entrada del parador. Se dirigiría directamente al mostrador y pediría dos cafés, en vasos de papel. Eso era muy corriente y lógico. Y mientras se los servían, echaría un vistazo alrededor, a ver con quién estaba la chica rubia.

No estaba. Sencillamente, no estaba allí. Bram casi respingó al asegurarse de ello, tras un segundo vistazo en torno. Ya francamente sobresaltado, su mirada quedó fija en el fondo del local. Fue hacia allí, mirando las mesas que había en aquella parte en forma de L, pero tampoco vio a la muchacha rubia.

Pálido de ira contra sí mismo, se lanzó hacia la puerta que daba a la parte de atrás. La abrió, y se encontró de pronto prácticamente en pleno campo. Por aquella parte, la iluminación era poco menos que nula, se veía una camioneta bajo un par de sauces, eso era todo. Más allá, oscuridad y matorrales.

—Santo Dios… ¡Cuando se entere el inspector…!

Se estremeció al pensar en esto, y fue hacia la camioneta. No se oía nada en aquella parte. Pero, si calculaba el tiempo, la muchacha rubia no había tenido tiempo de ir muy lejos. Tenía que estar todavía muy cerca, pues de otro modo significaría que había dejado allí un vehículo para escapar, y tendría que estar oyendo el motor, o algo… ¿Quizá pensaba escapar con la camioneta? ¿Estaba escondida dentro…?

Rodeó la camioneta, y, de pronto, su pie derecho chocó con algo. Fue tan inesperado, el tropezón, que salió disparado hacia delante, doblando las rodillas, listo para parar el posible desequilibrio total. Y al mismo tiempo que sus manos se apoyaban en algo tibio y blando que tenía ante los pies, un fogonazo

anaranjado aparecía a su derecha, por detrás de unos matorrales… La bala rebotó contra la camioneta y se elevó, con aguda vibración, mientras aparecía otro fogonazo junto al primero, enviando otra bala hacia el agente del FBI, que estaba rodando por el suelo, sacando su pistola… La sacó a toda prisa, se revolvió hacia los matorrales y apretó el gatillo.

¡*Pack*!

El estampido de su disparo pareció un cañonazo en el silencio del lugar.

—¡Bram! —Oyó la lejana voz de Wallace—. ¡Phil, John…!

Bram Randall orientó mejor la pistola hacia los matorrales, y, simultáneamente, veía un nuevo fogonazo allí. Tan simultáneamente como esto, notó el terrible golpe en su cabeza, y saltó hacia atrás, lanzando un aullido… Se quedó tendido de cara al estrellado cielo, parpadeando, completamente desorientado. ¿Qué hacía allí, qué estaba pasando?

Se incorporó sobre un codo, aturdido, y, en seguida, la sangre cayó hacia su rostro, por el lado izquierdo. Tuvo que cerrar el ojo de este lado rápidamente. Pero con el ojo derecho, se quedó mirando aquella cosa blanda y tibia que sus manos habían tocado antes. Se oían las voces de sus compañeros, y la puerta trasera del parador se había abierto, dejando salir un largo recuadro de luz, que pasó junto a la camioneta, de modo que su resplandor aún le ayudó a ver mejor «aquella cosa blanda y tibia» tendida junto a él. Era la muchacha del portafolios… Pero ya no llevaba el portafolios… Destacaban las tres oscuras manchas de sangre, extendiéndose lentamente. Era muy joven, tan bonita… Tenía los ojos muy abiertos, como si quisiera ver todas las estrellas que había en el cielo. Tan joven, tan bonita, tan muerta…

Además de las voces de sus compañeros, oía ahora, siempre como muy de lejos, el motor de un coche rugiendo fuertemente… y la voz de Lilian Gish llamándole. La doctora apareció por la esquina del parador, corriendo directa hacia él, llamándole…

—Márchese… —le gritó Bram—. ¡Márchese!

Lilian no le hizo caso, o quizá no le entendió. Llegó junto a él cuando se ponía en pie y quedó como frenada contra un muro, mirando horrorizada el ensangrentado rostro del federal, junto al cual llegaba también entonces, por la parte de atrás, su compañero

John Bainter.

—¡Bram! ¿Estás bien? —aulló.

Phil y Wallace llegaban cada uno por un lado, pistola en mano.

—El coche… —jadeó Bram—. ¡El coche grande, el último que llegó! ¡Se van en él, Phil! ¡Lo mío no es nada!

—Ve a llamar una ambulancia, John —dijo sosegadamente Phil Abbot—. Ya veremos si es o no es nada.

—¡Os digo que estoy bien! ¡Id tras ellos, se os van a escapar! ¡Eran dos! ¡Id tras ellos, tras el coche grande!

John Bainter corría hacia el parador, dispuesto a llamar una ambulancia por teléfono. Phil Abbot miraba la ensangrentada cabeza de Bram, mientras Wallace Martins se arrodillaba junto al todavía caliente cadáver de la muchacha.

—¡Os digo…!

—Cálmate… —Gruñó Phil—. Ya no hay nada que hacer. La Porte está solo a una milla y media. Llegarán allí antes de que pudiésemos alcanzarles. Y una vez allí nos darían esquinazo con toda facilidad. ¿Los pudiste ver?

—No… Doctora, ¿está bien?

Lilian Gish estaba petrificada, fijos sus ojos en el cuerpo de la muchacha muerta de tres balazos. Parecía hipnotizada. Y al parpadear, y ver aún más a la luz el ensangrentado rostro de Bram, palideció tan intensamente que Bram la sujetó de un brazo, temiendo que fuera a desmayarse.

—Vuelva al coche… —musitó—. Por favor, doctora Gish, vuelva al coche.

Pero Lilian no se movía. Parecía tener los pies clavados en el suelo. Wallace se incorporó de junto a la muchacha muerta.

—Está muerta —dijo—. Lo siento por ella, pero también por nosotros. Quisiera estar en China cuando el inspector Kent empiece a decirnos lo que nos hemos merecido. ¡Hemos sido demasiado cautelosos, ya la teníamos…! Y ahora, ni siquiera sabemos la matrícula del coche en el que van esos tipos…

—Yo… yo sé la matrícula —tembló la voz de Liban—. Los vi meterse dentro del coche tan de prisa, y había oído un disparo…

—¿Los vio? —exclamó Bram—. ¿Vio a esos hombres?

—A… a uno solo… Lo vi bien… La matrícula del coche…

CAPÍTULO VIII

El inspector Kent había cedido ya en su ira, y ahora su rostro estaba blanco, no congestionado, como a punto de estallar. Había que aceptar la situación, eso era todo. Lilian Gish estaba en un lado del despacho, dando indicaciones a uno de los dibujantes de la Delegación y mirando de cuando en cuando a Bram, de reojo. Bram estaba sentado en un sillón, con la cabeza vendada de cejas para arriba. El balazo había rasgado su cuero cabelludo, produciendo una herida de casi tres pulgadas de longitud, pero, por fortuna, sin ninguna profundidad, prácticamente.

Las matrículas de los dos coches, el blanco deportivo y el negro grande, habían sido comunicadas a la Patrulla de Caminos, la cual las había radiado a todos sus coches. También la policía había sido avisada. Del coche blanco se sabía ya que había sido robado aquella misma tarde, y se esperaba que lo mismo se sabría respecto al otro. En el pequeño deportivo se estaban buscando otras huellas que las de la muchacha asesinada, que había sido llevada a la Morgue. Ciertamente, las perspectivas eran muy malas… Y quedaron confirmadas poco después, cuando Kent recibió una llamada de la Highway Patrol, comunicándole que el coche grande había sido encontrado en La Porte, y que, en efecto, se sabía ya que había sido robado también aquella misma tarde. Dos de los agentes especiales del equipo de Huellas salieron para La Porte, en busca de una posible pista que pudiera proporcionar aquel coche.

En cuanto a la chica rubia, la conclusión era por demás obvia: había sido asesinada para que no hablase. Los ocupantes del coche grande, tal como Bram temiera, habían estado al acecho. Si nada hubiera ocurrido, ellos y la chica se habrían reunido en el parador, dejando allá el coche blanco y marchándose en el otro, que también

habría sido abandonado más adelante. Sin embargo, se habían dado cuenta de que la muchacha era seguida, y, puesto que la habían visto bien, conocían su rostro, y estaba prácticamente cercada, en lugar de llevárselo al recogerla en la parte de atrás del parador, la habían matado, despojándola de algunas prendas, a fin de asegurarse de que no dejaban ninguna pista, como podría ser la tienda donde había comprado sus ropas, o sus zapatos… Eso quería decir, según teorías de los G-men reunidos, que aquella tienda o tiendas debían estar cerca de allí, que podían haber sido fácilmente encontradas, y, partiendo de ellas, llegar hasta donde podía estar la bella muchacha rubia…

El dibujante del FBI dio por terminado su trabajo, tras recibir la plena aprobación de Lilian Gish respecto al parecido de su dibujo con el rostro que ella había «dictado», del hombre que había podido ver.

—Quiero un montón de copias de este dibujo, Burton —masculló Kent—. Encárgate tú mismo de ordenarlas abajo.

—Sí, señor.

Burton abandonó el despacho del inspector. Lilian Gish miraba con les ojos muy abierto la vendada cabeza de Bram, cuyo humor era por completo diferente al que había hecho gala aquella mañana en la casa de los Warner, o al utilizado cuando ayudaba a la doctora a acabar de ordenar su apartamento…

—Bien, caballeros —dijo acremente Kent—, aquí estamos, como tontos, perdida la buenísima pista de que dispusimos durante unos minutos… ¿Debo felicitarles?

Phil Abbot, Wallace Martins y John Bainter inclinaron la cabeza, enfurruñados.

—La culpa ha sido mía, señor… —murmuró Bram—. Bebí detener a la muchacha antes, apenas llegó al parador. Pero me pareció más conveniente, esperar a ver con quién se reunía allí dentro, con lo cual, además, daba tiempo a John, Wallace y Phil para acabar de rodear el parador.

Sam Kent asintió con la cabeza, pensativo.

—Está bien, Bram. La verdad es que hicisteis lo que teníais que hacer.

—No tanto —dijo sombríamente Bram—: me mataron a la chica

en las narices, señor. Y hasta les di tiempo a desnudarla, a llevarse cualquier posible pista. Lo siento de veras.

—No se hable más del asunto… Habrá que ir a ver al profesor Warner, desde luego…

—¿A él? —exclamó Lilian—. ¿Por qué? ¡Él no ha hecho nada!

Kent le dirigió una mirada forzadamente cortes.

—Doctora Gish, no sé qué entiende usted por «no hacer nada». En primer lugar, el profesor Warner ha comprado material robado al Gobierno de los Estados Unidos. En segundo lugar, su obligación inicial era avisar a la policía en el mismo momento en que le ofrecieron ese material… Y en tercer lugar, Adolph Warner va a tener que colaborar ahora con nosotros, quiera o no. Eso, sin perjuicio de las responsabilidades legales que se le puedan pedir por comprar pedacitos de luna propiedad del Gobierno…

—No creo que el profesor pueda ayudarnos en nada —opinó Bram—. Ni siquiera debió fijarse en la chica. No tuvo tiempo de nada. Sólo de llegar allá, pagar, recoger los pedacitos de luna y marcharse.

—¿Estás diciendo que entregó no menos de ochenta mil dólares por un paquetito, sin asegurarse de que era lo que él quería? ¿No preguntó nada, no se interesó por nada más…?

—Eso pienso, señor.

—Yo… yo estoy de acuerdo con él —musitó Lilian.

—Bien… Vamos a esperar las copias de esa foto-dibujo, y la enviaremos a Washington por el Velofoto. Quizá allá tengan datos sobre el hombre que vio la doctora Gish, y recuperemos la pista. Mientras tanto, habrá que ir pensando en visitar al profesor Warner.

—Yo puedo encargarme de eso, señor —se ofreció Bram—. Soy el más indicado, me parece.

—Depende de tu cabeza. ¿Cómo te sientes?

—Bien… Bien, de veras. Parezco un hindú con turbante, pero es una exageración. Cuando me hagan otra cura pediré que me protejan la herida sólo con esparadrapo. El turbante me da calor.

—Está bien —casi sonrió Kent—. Irás a ver al profesor.

—¿Tengo que detenerlo?

—Bueno… Digamos que va a quedar bajo arresto domiciliario. Tomaremos decisiones definitivas sobre él más adelante. Pero, desde luego, no sólo tendrá que facilitarle toda la información que

posea, sino que va a tener que devolver esos pedacitos de luna.

Lilian Gish lanzó una contenida exclamación de espanto.

—¡Lo van a matar del disgusto! —aseguró.

—Nadie muere de un disgusto, doctora —exclamó Kent—. Si así fuese, yo estaría muerto ahora.

—¡Pero él ha pagado ochenta mil dólares por esos pedacitos de luna! ¡Los ha comprado!

—¿Compraría usted joyas robadas a sabiendas, doctora Gish?

—No… No, claro…

—¿Cree que el profesor Warner está al corriente de que esos pedacitos de luna han sido robados al Gobierno de los Estados Unidos?

—No sé.

—¡No sabe! ¡Doctora Gish, dígame de qué otro modo se pueden conseguir pedacitos de luna en la Tierra si no es robándolos al Gobierno de nuestro país! ¿Acaso el profesor Warner es un estúpido, capaz de creer que ese material lunar ha sido conseguido por una expedición privada a la luna? ¡Cualquier persona que hoy tenga pedacitos de luna tiene que haberlos conseguido por mediación de la NASA! ¡Y no me diga que el profesor cree que la muchacha asesinada era miembro de la NASA, y que le concedía el privilegio de venderle ese material! —Se volvió hacia la puerta del despacho, furibundo—. ¿Qué demonios pasa ahora?

El agente que acababa de entrar, con un sobre en las manes, se detuvo en seco, sobresaltado, respingando.

—Usted… usted me dijo que fuese a la Morgue, señor…, con el cadáver de la chica del parador…

—Sí. Está bien, Jeff… ¿Hay algo nuevo?

—Sí, señor. Aquella chica no estaba desnuda completamente.

—¿De veras? —masculló Bram—. ¡No me digas!

Jeff tendió el sobre a Kent, que lo abrió, miró su interior, frunció el ceño… Con dos dedos, sacó un relojito de pulsera, pequeño, de oro, que quedó balanceándose ante los ojos de todos, como un péndulo hipnótico.

—Santo Dios —gimió de pronto Phil Abbot—. ¡Esto no!

—¿Qué es lo que no te gusta del relojito? —sonrió Jeff.

—¡Y me lo preguntas! Vamos a tener que ir a la fábrica de ese reloj, preguntar a qué ciudad fue enviado, localizar la tienda,

preguntar a quién se lo vendieron… ¡No sacaremos nada en limpio!

—La chica se llamaba Margie —volvió a sonreír Jeff.

El silencio fue ahora de auténtico panteón. Sam Kent había ladeado la cabeza y miraba hoscamente a su agente. Éste sacó una lupa que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta, sin duda para aquella ocasión, y se acercó a su jefe, entregándosela.

—Lo verá mejor con esto, señor. Vea la tapa del relojito.

Kent le dio la vuelta y, utilizando la tapa, vio la inscripción en la tapa:

«A Margie, con el amor de Jerry Moscow, April, 68»

Lo leyó de nuevo, ahora en voz alta, y luego fue mirando uno a uno a sus agentes.

—Moscú… —susurró Bram—. Por el cielo, ¿qué es esto?[1]). ¿Nos hemos metido en un asunto de espionaje otra vez?

—¿Espionaje? —Frunció el ceño Kent.

—Me gustaría saber qué significa esto… —deslizó Wallace—. Es evidente que el tal Jerry y la chica asesinada estuvieron en Moscú, señor. Y, francamente, si consideramos el asunto desde el punto de vista del espionaje, hay muchas cábalas por hacer.

—¿Estás sugiriendo que el robo de esos pedacitos de luna ha sido… patrocinado por el espionaje ruso, Wallace?

—Bueno… ¡Yo qué sé!

—Es absurdo… —opinó John Bainter—. Completamente absurdo. Si los rusos hubieran sido los autores de ese robo de material lunar, no lo estarían vendiendo a cien mil dólares la onza. Ni a ningún precio.

—Evidentemente —sonrió Kent.

—Me pregunto qué sabe usted, para sonreír así, señor Wallace.

—Un momento… ¡Un momento! —exclamó Bram—. ¡La capital de Rusia no es la única ciudad en el mundo que se llama Moscow! ¡Nosotros tenemos una Moscow aquí mismo, en Texas…! ¡Vamos a ver el mapa de…!

—No te molestes —sonrió más ampliamente Sam Kent—. Moscow, pequeña localidad tejana, está exactamente a ochenta y nueve millas de Houston, hacia el Norte, en plena carretera Nacional Cincuenta y Nueve. Tú, Phil, con John y Jeff, vais a

encargaros de organizar esa parte —volvió a sonreír—. ¿Necesitáis mis instrucciones?

—¡No, señor! —negó Phil, brillantes los ojos—. ¡Vámonos, muchachos! ¡Adiós, Bram, que te quiten pronto el turbante!

Los tres G-men salieron de allí a toda prisa, sin que Lilian Gish hubiera entendido todavía por qué estaban tan contentos todos.

—Adiós, Bram —dijo Kent.

—¿Eh? Oh, sí, señor… Adiós. Supongo que Wallace viene conmigo. ¿Okay?

—Okay. Os tendré al corriente de los trabajos de los demás. Voy a llamar a Moscow y a la Morgue… ¡Vamos, moveos, todos tenemos mucho trabajo por delante! Ah, doctora Gish: si lo desea, mis muchachos la dejarán en su apartamento ahora mismo.

—Preferiría… ir con el profesor Warner, inspector. Quisiera estar con él en unos momentos tan penosos.

—¿Penosos? No vamos a encadenarlo, doctora.

—Pero van a quitarle la luna.

—Lo lamento… —murmuró Kent—. Puede ir con Wallace y Bram, desde luego, si así lo desea. Y… muchas gracias por su colaboración. Mucho tacto, Bram.

Capítulo IX

—Lo siento de veras —musitó Bram—. Pero, como suele decirse, la ley es la ley, Dorothy.

—Te entiendo, Bram —aceptó tristemente Dorothy Warner—. De todos modos, Henry y yo te estamos agradecidos. Has hecho lo que has podido.

—Lamento que tu padre haya perdido todo su dinero. Pero quizá podamos recuperarlo… Ah, doctora Gish, ¿qué dice el profesor?

Lilian Gish, de regreso del laboratorio, se dejó caer en uno de los sillones del *living* y movió negativamente la cabeza.

—No dice nada.

—¿Cómo?

—No dice nada. No contesta, señor Randall. He estado llamando a la puerta del laboratorio, gritando su nombre incluso… No contesta. Ya… no sé si le interesa mi opinión, señor Randall.

—Desde luego que sí. ¿A qué se refiere?

—El profesor Warner no abrirá a nadie. En estos momentos debe estar analizando esa onza de… pedacitos de luna, como ustedes los llaman. Se ha encerrado por dentro, y no abrirá a nadie absolutamente. Se lo aseguro. En estos momentos, él es solamente un científico, y nada en el mundo le importa nada. No abrirá.

Bram y Wallace cambiaron una mirada. Luego, Bram miró su reloj.

—Son más de las doce de la noche… Él debe llevar ahí dentro, con esos pedacitos de luna, no menos de tres horas, según mi cálculo del tiempo. No sé si tres horas de examinar terreno lunar valen nada menos que ochenta mil dólares, pero le aseguro que, lamentándolo mucho, debo recuperar ese material. No puedo concederle más tiempo. Dorothy, quisiera que lo entendieras: no

puedo faltar a mi deber por cuestiones de amistad, aprecio o simpatía personal. Ese material ha sido robado, pertenece a la NASA. Comprendo a tu padre, pero…

Se calló, de pronto, y todos volvieron la mirada hacia la puerta por la que acababa de aparecer poco antes Lilian Gish. Se quedaron mirando incrédulamente a Adolph Warner, que llegaba muy despacio, con la cabeza caída sobre el pecho. Durante unos segundos, nadie se movió, ni dijo nada. Cuando el profesor alzó la cabeza, todos pudieron ver la intensa palidez de su rostro. Estaba demudado, desorbitados los ojos, desencajadas las mandíbulas, que temblaban violentamente. Casi daba un poco de miedo mirarlo.

De pronto, Warner murmuró, con voz ronca:

—Me han engañado.

—¿Qué dice? —musitó Bram.

—Me han engañado… ¡Me han engañado como a un tonto, me han estafado, se han burlado de mí…!

—Papá, por Dios… —Dorothy se puso en pie y fue hacia él.

—¡Me han engañado, se han burlado de mí! ¡No me han vendido muestras del suelo lunar, sino tierra…! ¡Tierra de la Tierra! ¿Nadie puede comprender esto? ¡Me dijeron que me venderían material lunar, y sólo es tierra del desierto, tierra maldita, tierra sucia, sin ningún valor científico, ni de ninguna clase…! ¡Me han estafado, se han reído de mí, se han burlado…! ¡Me han vendido puñado de tierra del desierto, no de la luna! ¡Me… e han…, me han…!

Rompió a llorar, con una fuerza inaudita, igual que un niño desconsoladísimo. Dorothy se apresuró a abrazarlo, intentando calmarlo, consolarlo, mientras los demás permanecían inmóviles, atónitos, como si todavía no fuesen capaces de comprender la verdad, lo que significaban las palabras de Adolph Warner, que se estremecía en un llanto asombroso, gimoteante, sumido en la más profunda y brutal decepción de toda su vida…

—Quédate aquí, Wallace —dijo de pronto Bram—. ¡Usted, doctora, venga conmigo!

La tomó de una mano, casi arrastrándola fuera del *living*… Llegaron al laboratorio, cuya puerta estaba abierta, y los dos se precipitaron dentro. Lilian fue inmediatamente hacia donde estaba el tablero de trabajos de análisis del día, y se detuvo en seco, contemplando los tubos de ensayo, el microscopio, las pequeñas

probetas con líquidos que contenían pequeños residuos de tierra; de una de las probetas salía un humo amarillento, y Lilian Gish palideció al olerlo…

—Por favor —dijo Bram con voz tensa—. Dígame si comprende todo este tinglado de líquidos y botellitas… ¡Mire por el microscopio!

—No es necesario —tembló la voz de la doctora. Señaló unos papeles que tenían fórmulas escritas—. Esto me dirá todo lo que necesito. Dudo mucho que el profesor se haya equivocado…

Estuvo apenas medio minutos leyendo las fórmulas, los resultados de los diversos análisis, mientras Bram contemplaba hoscamente la pequeña caja de plomo que había en el tablero, abierta, mostrando en su interior lo que quedaba de lo que, se suponía, era material lunar.

—Tiene razón —tembló la voz de Lilian—. ¡Lo han engañado!

—¿Quiere decir que ha pagado ochenta mil dólares por un puñado de tierra… de la Tierra?

—Sí.

CAPÍTULO X

—Bien —murmuró el inspector Kent cuando logró salir de su estupefacción—. Eso aclara todas las cosas, ¿no es cierto, Bram?

—Sin duda, señor —replicó el G-man, sentado ante su jefe en el despacho de éste—. No puede estar más claro ahora. Esa gente roba cinco onzas de esos dichosos pedacitos de luna, y los pone a la venta a cien mil dólares la onza. Esto significaría un total de medio millón de dólares para ellos, como beneficio sucio del golpe. Es poco dinero para un asunto de esta envergadura, evidentemente. Pero ellos tienen una idea mucho mejor: puesto que la noticia del robo de material lunar se ha extendido por todo el mundo, cientos de científicos saben que alguien dispone de esa material para vender. Entonces, esa gente se dedica a vender, de onza en onza, no el material robado, el auténtico, sino montoncitos de tierra de cualquier desierto… No creo que se les acabe nunca ese material falso. Y así, pueden vender, no cinco onzas de auténtico material lunar, sino cientos de onzas de tierra de nuestro planeta. A cada científico que le venden material en una cajita de plomo, le dicen que ha sido une de los… privilegiados, de los elegidos para venderle pedacitos de luna. Y así, van vendiendo cientos y cientos de onzas, que a cien mil dólares cada onza suman millones y millones de dólares. Sólo tienen que ir dando vueltas por el mundo, buscar científicos, y, muy confidencialmente, exigiéndoles silencio sobre el asunto, les van vendiendo ese material falso.

—Y si todos reaccionan como Adolph Warner, los ingresos van a ser muy superiores al medio millón que supusimos. Millones de dólares, en efecto. El plan es bueno, ¿no te parece?

—Tenemos que admitir que estamos frente a alguien cuya inteligencia y astucia es considerable, señor, en efecto. La idea es buena. Pero podemos desbaratarla. Aparte de tos científicos que reaccionen como Michael Foster, de Nueva Orleans, esto es, que comuniquen a las autoridades la oferta que reciben en ese sentido, podemos acabar con el negocio de esa gente comunicando a los periódicos la verdad: que lo que vende esa gente no es material lunar, sino terrestre. Nadie querrá comprarles nada…, supongo.

—¿Supones?

—Bueno… Mucho me temo que habrá en el mundo muchos científicos como Adolph Warner, dispuestos a todo con tal de conseguir una onza de ese material, para estudiarlo.

—Pero si saben que es falso…

—¿Cómo han de saberlo? Los ladrones pueden engañarlos, convencerlos. Pueden decir que es una estratagema de las autoridades norteamericanas para evitar que el material lunar vaya a parar a manos de investigadores particulares. E insisto, señor: si hay científicos tan fanáticos como Adolph Warner, esa gente los engañarán. Los convencerán, porque ellos mismos, los científicos, estarán deseando ser convencidos.

—Si… Creo que tienes razón. De todos modos, habrá que dar la noticia a los periódicos. Yo me encargaré de eso. Ve a descansar. ¿Se quedó Wallace en casa de los Warner?

—Claro.

—Bien… Ve a dormir. Y mañana no vengas… Descansa. Te enviaré allá al doctor, para que te haga otra cura y vea cómo va tu cabezota —sonrió—. Está bien claro que la tienes muy dura.

Bram también sonrió.

—¿Qué pasará con Adolph Warner? ¿Qué hacemos con él?

—No sé… Ese pobre hombre me da pena, Bram, te lo aseguro. Sin embargo, se ha puesto fuera del camino legal…

—Es una bellísima persona, señor… —murmuro Bram—. Todo lo malo que ha hecho ha sido arruinarse en su afán de conocer la luna. Lo dejé llorando como un niño. Y no por el dinero, sino porque le habían engañado y no disponía de pedacitos de luna auténticos. ¿No podríamos hacer nada por él, señor?

—Bram, tú sabes que no podemos dejarnos llevar por sentimientos personales.

—Yo mismo dije eso no hace mucho. Pero el profesor Warner no es ningún delincuente en el sentido exacto. No representa en modo alguno un peligro para la sociedad o el país.

—No sé… Mira, vamos a dejarlo en arresto domiciliario. Yo pasaré el informe a Washington, y que allá decidan. No puedo hacer más, Bram, y tú lo sabes.

—Sí… Bien —suspiró el G-man—, no es la primera vez que los del FBI hacemos de angelitos buenos, ¿verdad? Ojalá que en Washington sean comprensivos. ¿Cómo va el asunto de esa chica llamada Margie?

—Todo está en marcha. Te avisaré cuando sepamos algo. Mientras tanto, escucha esta orden: ve a casa, descansa, y no salgas de allí hasta que te visite nuestro médico y examine tu cabeza.

—Pero, señor, este asunto lo empecé yo, y quisiera…

—En cuanto haya alguna novedad, te avisaré, y si tu cabeza lo permite, volverás a entrar en órbita. ¿Quieres marcharte de una vez?

—Buenas noches, señor.

Capítulo XI

El doctor Barrows se marchó del apartamento de Bram Randall hacia las seis de la tarde apoyando la convicción del inspector Kent de que el
G-man
tenía la cabeza muy dura, y que, por tanto, la herida no tenía más importancia que la de un corte que requería ser vigilado para evitar cualquier posible infección. Bram se quedó muy contento cuando Barrows le dijo que no necesitaba el «turbante», limitándose a colocarle un apósito sobre la herida, sujetándolo con esparadrapo. Había tenido que hacerle un feo corte de pelo en aquel lado de la cabeza, pero, si se peinaba con astucia, apenas se vela el apósito. Del mal, el menos, como suele decirse. Podía, ciertamente, estar muy contento.

Sin embargo, tan sólo media hora más tarde, el agente del FBI estaba ya pensando seriamente en desobedecer las órdenes de Kent, presentándose en la Delegación a pesar de que todavía no tenían ninguna pista.

Le salvó el gong. Es decir, el timbre de su apartamento, que sonó cuando la idea de ponerse en órbita por cuenta propia estaba afianzándose en la dura cabezota del federal. Fue a abrir, agrio el gesto…, y se quedó atónito.

—Doctora Gish…

—Buenas tardes, señor Randall.

—¿Buenas? Yo diría que regulares nada más. Claro que… todo es según como se mire.

—¿Y cómo lo mira usted?

—Pues…

Quizá fuesen «muy buenísimas tardes». Quizá. Liban Gish no

vestía tan seriamente como el día anterior. Llevaba un vestidito de tarde azul pálido, sin mangas, escotado sugestivamente, y con la falda un poquito por encima de unas encantadoras rodillitas. Con el rubio cabello suelto, aquel vestidito, su blanca piel y los grandiosos ojos azules, parecía más joven, más alegre y todavía más bonita que el día anterior. Una muñequita sensacional, en definitiva.

—¿Puedo pasar? —musitó ella.

—¿No me dirá frases ofensivas?

—No —sonrió la nueva jovencita.

—De acuerdo entonces.

Se apartó, y Lilian entró, mirando a todos lados. Una vez en el *living*, se volvió hacia Bram, sonriendo suavemente.

—Es usted muy ordenado, señor Randall.

—Sí. Desde pequeñito. Mi madre me daba veinticinco centavos cada vez que entraba en mi cuarto y lo veía todo en orden. A usted, por lo que vi ayer, su madre no le daba veinticinco centavos. Doctora Gish: ¿a qué debo el gran honor de su visita?

—Sólo… sólo quería saber cómo está usted…

—¿De veras?

—Sí. Yo… llamé a su Delegación, me dijeron que estaba en su apartamento, y…

—¿Quién le dijo todo eso? —Frunció el ceño Bram.

—El inspector Kent.

—¡El muy chismoso…! Bueno, ya ve usted que estoy bien, que sigo palpitando, al menos. Ha sido muy amable al visitarme… ¿No ha trabajado usted hoy?

—Sí, sí… El profesor Warner es un hombre con gran entereza. Se ha sobrepuesto a la… estafa y ha reanudado sus trabajos. Pero yo he… Bueno, me pareció que… que debía interesarme por su salud antes de volver a casa…

—¡No me diga que ahora es usted quien se dedica a los seguros y está pretendiendo hacerme firmar una póliza!

—No, no.

—Ah.

Se quedaron mirándose. Lilian Gish enrojeció ligeramente.

—Bueno… Me parece que le estoy molestando, señor Randall. Me voy… Me alegro de que esté bien.

—Gracias. Su amabilidad me hace feliz. Mire, doctora, sé que

debería invitarla a sentarse, por lo menos. Pero temo que ocurra algo parecido a lo de anoche, y usted tampoco me perdonaría esta vez, ya que ni siquiera tendría la excusa de aquellas luces que podían habernos hecho muy visibles por la chica del coche blanco.

—¿Quiere decir… que me besaría…?

—Hijita, no sé lo que está ganando la Ciencia con usted, pero el mundo se está perdiendo algo serio. ¿De verdad no sabe que está usted fenomenal?

—Pu-pues…

—Oh, pero no sigamos con esto. Anoche le di un beso por… cuestiones de trabajo, y no quiso perdonarme luego. Si se lo diese ahora, calculo que me degollaría, o algo parecido. Un momento… ¿Quizá ha venido a decirme que me perdona?

—No. No pienso perdonarle que…

Esta vez sonó el teléfono. Lilian Gish enmudeció, y Bram, tras mirarla ceñudamente unos segundos, fue hacia el teléfono.

—¿Sí?

—¡No!

—¡Bien! ¡Voy como un rayo, señor!

Colgó, y echó a correr hacia la puerta, como si se hubiera olvidado de la presencia de Lilian Gish. Desapareció del *living*…, pero reapareció en seguida, refunfuñando, desanudando el cordón del batín de verano.

—No sería correcto presentarme así en la Delegación —gruñó.

Bram se volvió, a punto de entrar en su dormitorio, y la miró de arriba abajo, hoscamente.

—¿Han encontrado alguna… pista?

—Por supuesto —volvió a gruñir—. Perdóneme, tengo que vestirme.

—¿Qué clase de pista? ¿Cómo es posible que lo hayan conseguido?

El G-man reapareció en la puerta de su dormitorio, ya sin batín, pero colocándose éste en la cintura. Estaba tan irritado que no se dio cuenta del sobresalto de Lilian Gish al ver desnudo el poderoso tórax, amplio, velludo, formidable.

—Oiga usted, científica, ¿con quién demonios cree que está

tratando?

—Yo… yo no entiendo…

—No entiende, ¿eh? Oh, vamos, usted se pasa la vida buscando gusanitos, destripando esos simpáticos conejillos de Indias, echando piedrecitas en líquidos diabólicos y esperando a ver qué pasa…, cosas. En cambio, se sorprende de que el FBI haga lo mismo a su manera y en su estilo. ¿Por qué?

—No… no sé…

—¡Pues si no sabe, ocúpese de su vida sintética! A ver: ¿qué nueva vida sintética ha creado usted? ¿Zapatos que andan solos?

—Señor Randall —enrojeció intensamente Lilian—, usted está molesto conmigo, pero lo que yo no le he perdonado es que…

—¡Sé muy bien lo que no me ha perdonado! ¡Y me importa un pito que me perdone o no!, ¿se entera? Oiga, puedo darle una buena sugerencia: ¿por qué no me demanda?

Entró en el dormitorio, y comenzó a vestirse a toda prisa, sin dejar de refunfuñar; pero respingó cuando volvió a oír la voz de la doctora, más cerca, ante la puerta del dormitorio. Se volvió como un rayo, pero no la vio. Estaba fuera junto a la puerta sin mirar.

—¿Cómo han encontrado esa pista, señor Randall?

—Oiga, nena, el FBI no va dando explicaciones por ahí, ¿se entera? Además, ¿cómo demonios quiere que lo sepa, si sólo he cambiado unas palabras con el inspector? De todos modos, puedo decírselo, ya que usted me resulta un tanto cargante, con todo su bagaje de sabiduría científica y sus inventos de vida sintética. ¿Quiere saber cómo hemos conseguido la pista?

—Sí.

—Pues trabajando mucho. Si quiere más detalles pregúnteselos al inspector.

—¡Oh! ¿De veras puedo ir con usted? ¿Me deja?

Bram salió del dormitorio, con la corbata colgando del cuello y colocándose la funda en el hombro, mientras sostenía la chaqueta con los dientes. Se puso la chaqueta, y, anudándose la corbata, caminó hacia la puerta, sonriendo sardónicamente.

—Será para mí motivo de gran prestigio llevar tan linda joven en mi coche —dijo—. Venga conmigo. Si el inspector no tiene inconveniente, la pondremos al corriente de la Ciencia del FBI. Apuesto a que le gusta.

CAPÍTULO XII

Ésta es la Ciencia del FBI:

De la muchacha asesinada, cuyo nombre era Margie, se habían obtenido doscientas fotografías, que fueron reproducidas muy ampliadas. Con ellas, los agentes Phil Abbott y John Bainter se trasladaron a la localidad llamada Moscow, a cuyas autoridades tenía ya avisadas por teléfono el inspector Kent. Nada más llegar a Moscow, las fotografías de la infortunada Margie fueron repartidas entre todos los policías de esa localidad, que la misma noche anterior habían comenzado la búsqueda, sin resultado. Pero al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, las cosas empezaron a ir mejor. Una señora de las muchas a las que les fue mostrada la fotografía, aseguró conocer a Margie, y dio la dirección donde la muchacha había vivido. Abbot y Bainter fueron inmediatamente avisados, y se presentaron en aquella dirección. Los nuevos inquilinos de la casa no sabían nada, pero sí lo sabían los vecinos. Es decir, no sabían últimamente nada de Margie, pero sí sabían muy bien dónde podían encontrar al hombre que le había regalado el relojito, el tal Jerry. Éste trabajaba en un *snack* de la Central Avenue llamado The Birds. Los dos federales fueren allá, encontraron a Jerry Hammond, y éste les dije todo lo que sabía sobre Margie Massey, no sin antes palidecer, y casi echarse a llorar al saber que había sido asesinada. Jerry Hammond conocía desde hacía muchos años a la dulce y bonita Margie Massey, y hasta habían sido novios durante un tiempo. Durante ese noviazgo, Jerry regaló el relojito a Margie. Estuvieron contentos y muy enamorados, hasta que, por fin, un mal día, Margie le dijo a Jerry que se iba de Moscow, que estaba harta de todo lo que había en aquel pueblo, empezando por el propio Jerry, y que se iba a una ciudad grande, a

vivir la vida más alegremente y con más comodidades de las que podía ofrecerle un camarero… Al poco tiempo de haberse marchado Margie, Jerry fue a buscarla. Ella vivía en unes apartamentos llamados Sunflower, en Lyons Avenue, en Houston, y parecía que, en efecto, se pasaba la vida muy divertida. Demasiado para el buen muchacho, serio y formal que era Jerry Hammond, de modo que éste, desilusionado y casi amargado, regresó a Moscow. Eso era todo lo que habían conseguido en Moscow.

Pero, a más de sesenta millas por hora, los dos agentes del FBI habían regresado a Houston, presentándose directamente en los apartamentos Sunflower, donde, efectivamente, el portero reconoció en seguida a Margie Massey, y dijo que hasta hacía poco había estado ocupando uno de los apartamentos. ¿Su paradero? No lo sabía… Todo lo que podía decir es que hacía quizá un par de semanas, la señorita Massey se había marchado, con sus cosas, diciendo que la vida era más alegre en Baytown, sobre todo si se disponía de un yate para gozarla…

—Es todo, Bram —acabó Sam Kent.

—¿Todo? —exclamó el
G-man
—. ¡Sólo tenemos que ir a Baytown, que está apenas a veinte millas de aquí, en Galveston Bay, y seguir mostrando la fotografía de Margie! Alguien nos dirá en qué yate la vieron, señor. ¡Seguro! Y la pista seguirá adelante.

—¿Tú crees? —ironizó amablemente Kent.

—¡Claro!

—Pues me pregunto qué estáis esperando para ir a Baytown.

—¡Inmediatamente, señor! —Bram se volvió hacia la estupefacta Lilian Gish—. ¿Satisfecha, doctora? Y le aseguro que esta vez ha sido relativamente fácil. ¡Tendría que ver otros muchos aspectos de nuestra ciencia! Una vez, por medio de un botón…

—Un momento… —murmuró Phil Abbot—. ¿Os dais cuenta? ¡Un yate!

—¿Qué pasa con el yate? —Alzó las cejas John Bainter.

—Los dos helicópteros que hicieron el asalto… Debieron ir hacia el mar…, hacia alta mar. Allá, hundieron los helicópteros, y los hombres que iban en ellos pasaron al yate. ¿Qué opina, señor?

—Te felicito, Phil. Es una magnífica teoría.

—Ese yate se habrá marchado ya del embarcadero de Baytown —advirtió Bainter—. No será fácil encontrarlo, a menos que alguien se fijara en el nombre, de un modo especial. Y me pregunto por qué tendrían que fijarse especialmente en ese yate.

—Quizá no se haya marchado de Baytown —apuntó Bram—. Saben que la cosa está un poco revuelta. No se habrán arriesgado a volver a alta mar, con la posibilidad de que un guardacostas se interese por ellos. Lo más sensato es quedarse quietos en el embarcadero, esmerando que todo se calme un poco, al menos.

—Tampoco eso está mal —admitió Kent—. Pero hablando no vamos a resolver nada. Vamos a apretar el cerco en Baytown. Recoged todas las fotografías de Margie y del sujeto que vio la doctora Gish. Si no hay suficientes, que hagan más copias. Nos vamos a Baytown… ahora.

—¿Puedo… puedo ayudar en algo? —pregunto Lilian.

—No, no… Ya hizo suficiente, doctora. De todos modos, le agradecemos su intención.

—¿Por qué no, señor? —sonrió secamente Bram—. La doctora vio al sujeto que nos interesa… Lo vio en persona, corriendo, moviéndose… Quizá esté por Baytown, y en ese caso nadie mejor que la doctora Gish para identificarlo plenamente.

—Ni hablar de eso, Bram —frunció el ceño Sam Kent.

—Bueno… ¿Qué pasa si la foto dibujo no es buena? Quizá la doctora se olvidó algún detalle… De todos modos, nadie mejor que ella para identificar a ese hombre, aunque lo viese de espaldas.

—Bram: vamos a ser los suficientes para cribar Baytown sólo en esta noche. No tenemos por qué complicarle la vida a la doctora. Ni arriesgarla. Así que…

—Oh, yo iría con mucho gusto, inspector —dijo Lilian.

—No, no…

—Le aseguro que no tengo miedo.

—No se trata sólo de eso, doctora Gish. Si ocurre algo…

—Pero es que yo quisiera ir. Se lo suplico, déjeme ayudarles. Puedo ir con el señor Randall en el mismo coche, y pasear luego con él por Baytown… ¡Soy quien mejor conoce a ese hombre!

—Bueno, sí, eso es cierto… Pero no puedo arriesgar…

—Estaré seguro con el señor Randall… Quiero que encuentren a ese asesino y que castiguen a los que mataron a dos hombres… Son

las mismas personas que han defraudado tan brutalmente al profesor Warner.

—De veras, doctora, agradecemos mucho su interés, pero…

—Está bien. ¿Hay alguna ley que me prohíba ir a Baytown? Me refiero a ir sola, por mi cuenta.

—¿Está bromeando? —Palideció Kent.

—¿Tengo derecho a ir o no?

—Le advierto, señor —sonrió Bram de nuevo—, que la doctora es ciudadana estadounidense, con todos los derechos que eso reporta. Me pregunto cómo se le puede impedir que vaya sola a Baytown.

—¡Tú tienes la culpa, por haberla traído aquí! —estalló Kent.

—Demonios, yo no esperaba esta jugada de ella, señor. Sólo quise demostrarle que en el FBI también tenemos nuestra ciencia…

—¿Sí? ¡Pues vas a encargarte de ella!, ¿entiendes? Así que llevarás a la doctora en tu coche, y te cuidarás de que nada le ocurra. ¡No podemos dejarla meterse sola en Baytown! Si el hombre que ella vio la ve a ella por allí…

No acabó la frase, ni era necesario. Los federales se miraron unos a otros, inquietos.

—¿Me llevan o no? —insistió Lilian.

Sam Kent soltó un bufido, y, sin más, abandonó el despacho, seguido por sus hombres. Menos por uno.

Bram Randall se quedó mirando irónicamente a la doctora Por fin, se llevó dos dedos a la frente, en burlón saludo.

—Su chófer está listo, *milady*.

—Entonces…, ¿me lleva con usted?

—Parece que no puedo evitarlo. Pero —alzó las manos, como si se dispusiera a parar un golpe— le aseguro que esta vez no voy a besarla.

El Lilian Gish enrojeció levemente.

—Lo que yo quería decirle antes, señor Randall, es que…

—¡Bram! —Se oyó afuera el rugido de Sam Kent.

El

G-man

soltó un respingo y corrió hacia la puerta.

—¡De prisa! —instó—. ¡El inspector tiene ganas de ver el mar!

CAPÍTULO XIII

Al llegar a Baytown se repartieron por parejas, principalmente por el embarcadero, si bien el inspector Kent no desdeñó la pista que pudieran conseguir en la población interior, a cuyo fin recurrió a las autoridades, repartiendo fotografías de la fallecida Margie y del hombre que había visto Lilian Gish.

Wallace Martins había sido retirado del domicilio de Adolph Warner, considerando que éste no pretendería ni mucho menos convertirse en un fugitivo, lo cual agravaría su situación, y que Martins, sin duda, iba a ser más útil en las pesquisas de Baytown. Formó pareja con Bram, y, con ellos, la doctora Gish iba dispuesta a contribuir en la búsqueda. En total, doce agentes del FBI se repartieron por el gran embarcadero, en el que había bastantes yates, de diversos tonelajes y características. Los yates fueron las primeras embarcaciones en ser examinadas, sin ningún resultado. Es decir, hubo un pequeño resultado: dos de los tripulantes de uno de los yates aseguraron haber visto por el embarcadero a Margie, pero eso era todo lo que sabían… Suficiente para que el FBI insistiera en las pesquisas. Se cambió la táctica, buscando en las pequeñas embarcaciones, que eran numerosísimas. Lancha tras lancha, balandro tras balandro, los federales fueron mostrando las fotografías, haciendo siempre las mismas preguntas: ¿conocen a esta mujer o a este hombre? ¿Los han visto salir o entrar en algún yate? ¿Saben de algún yate que en alta mar haya tenido contacto con dos helicópteros? Las negativas se iban sucediendo. Cada cual vivía su vida, se divertía a su modo, y no se preocupaba por los demás. Esto, que es una virtud de convivencia social, se iba convirtiendo en el mayor contratiempo para los hombres del FBI, cuyos continuos contactos por las radios de bolsillo era para dar siempre el mismo

informe desalentador…

Bram Randall saltó a una más de las muchas lanchas que había investigado. Mostró su placa al hombre que había en ella, y, en seguida, esgrimió la foto de Margie y la foto-dibujo del hombre.

—¿Conoce a esta mujer o a este hombre? ¿Los ha visto…?

—Los conozco —sonrió secamente el interrogado.

—¿Está seguro? —se animó Bram.

—Segurísimo. Y usted va a conocer muy pronto al hombre… No se mueva.

Bram se quedó mirando la pistola que había aparecido en la diestra del hombre de la lancha. Entornó los ojos y acabó sonriendo ásperamente.

—¿Está loco? —desdeñó—. Todo el embarcadero está lleno de compañeros míos. Ahí mismo, en el embarcadero, hay uno que…

—Le sugiero que eche un vistazo a ese compañero suyo —sonrió también el hombre.

Bram se volvió, y vio a Wallace y a la doctora Gish en el borde mismo del embarcadero, a punto de saltar a la lancha. Detrás de la doctora, un tipo con traje blanco y la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, resultaba muy significativo: a la menor dificultad, la doctora Gish iba a recibir un balazo en la espalda… Martins y la doctora saltaron a bordo, y el primero, hostil el gesto, señaló al hombre que saltaba tras ellos.

—Ahí tienes otro chico listo, Bram. Aunque quizá ninguno de los dos lo sea demasiado.

—¿Está bien, doctora? —musitó Bram.

—Sólo… sólo estoy… muy asustada…

—Siéntese a popa y permanezcan callados —ordenó el que había abordado la lancha tras ellos—. Vámonos, Bill.

—No los pierdas de vista, Stan —recomendó Bill—. Estos dos son del FBI, nada menos.

—¡Fiuuuu! —Silbó Stan, sonriendo irónicamente.

Bill se colocó ante los mandos, y la lancha se despegó del embarcadero inmediatamente, mientras Stan mantenía bajo la amenaza de su pistola, ahora bien a la vista, a los dos
G-men;
aunque, en realidad, a quien apuntaba era a Lilian Gish, con clara intuición, pues era fácil comprender que los del FBI no harían nada

mientras supieran que el primer disparo se efectuaría contra la doctora. La lancha se alejaba a buena velocidad, hacia el Sur, directa hacia el centro de la Bahía de Galveston.

Bram iba a decir algo cuando de pronto, se tensó, Y, cosa curiosa, Stan observó que Wallace Martins hacía un movimiento parecido.

—¿Qué les pasa? —Gruñó.

—Nos están llamando por las radios de bolsillo —murmuró Bram—. Y si no contestamos, las cosas se van a poner difíciles.

—Para ustedes, no para nosotros. Usted, preciosa, venga aquí, más cerca de mí. —Lilian obedeció y Stan la colocó ante él, pasándole un brazo por la garganta y colocándole la punta de su pistola en la nuca—. Ahora, ustedes dos van a sacar sus armas, y las tirarán al mar. Luego, contesten a esa llamada, pero… mucho cuidado con lo que dicen. ¿Es una llamada para ustedes solos, o es general?

Martins se pasó la lengua por los labios.

—Es una llamada general.

—¡Bien! En ese caso, tiren las pistolas al agua, y empujen esas radios hacia mí, después de abrirlas.

Los dos federales miraron hoscamente a la palidísima Lilian Gish, soltaron un gruñido y, finalmente, obedecieron. Las dos pistolas fueron a parar al mar, y las dos radios, abiertas, se deslizaron por la pequeña cubierta de popa. Stan y Lilian se acuclillaron a la vez. El primero recogió las radios, tiró una al mar, y se quedó la otra, en la cual se oía aceptablemente la voz de un hombre:

—… personas, señor. Aseguran que han visto alguna vez a la chica. Y una señora dice que la vio abordando un gran yate, completamente blanco, que lleva el nombre de Snake.

—¡Bien, Russell! —Se oyó clara y fuerte la voz de Sam Kent—. Dinos exactamente dónde estás, y vamos a reunirnos todos contigo.

—Sí, señor. Estoy…

El rugido del motor de la lancha parecía ir en creciente, y Stan acercó más la radio a su oído, con lo que los
G-men
dejaron de oír lo que se estaba hablando entre sus compañeros. A los pocos segundos, Stan cerró la radio, y se la guardó.

—Están en un grave aprieto, Stan —dijo fríamente Bram—. Ya ha oído que saben el nombre de su yate: Snake. Lo encontrarán en menos de una hora… Un yate blanco, grande, de nombre Snake… No van a poder escapar.

Stan se echó a reír… Y apenas diez minutos más tarde, Bram comprendió los motivos de aquella risa, cuando se aproximaban, reduciendo la velocidad, a un yate anclado a poca distancia de la costa, frente a una gran villa cuyas luces se veían tierra adentro.

—Ahí tiene el Snake, federal —explicó Stan—. Sólo que ahora está pintado en parte de azul, y su nombre es Cupido. En cuanto a ustedes tres tampoco los encontrarán, porque antes de media hora estarán en el fondo del mar… ¡Bill, para ya el motor, maldita sea!

Bill obedeció, y la lancha llegó a los pocos segundos, por su propio impulso, junto al gran yate, que, en efecto, tenía dos tonalidades. La blanca se distinguía perfectamente; la azul se veía oscura, simplemente. Y no había por qué dudar de que el nombre del yate era en aquellos momentos Cupido.

—Prepárense a subir a bordo —dijo Bill—. Son nuestros invitados.

Los G-men se pusieron en pie, cambiando una mirada. Wallace Martins hizo un gesto muy significativo, que, a la luz del yate, fue captado por Bram, no sin sobresalto. Se disponía a contestarle con otro gesto, rechazando el plan de su compañero, pero éste había pasado ya a la acción directa, a toda velocidad. Era el momento, y había que aprovecharlo… Martins se había ladeado hacia Stan, con tal rapidez que no le dio tiempo ni a respingar. Aún estaba empujando a Lilian Gish hacia la borda cuando el federal se le vino encima, con la mano derecha en alto, dispuesto a dar el terrible golpe que podía partir la cabeza de Stan… El grito de éste quedó cortado per el tremendo impacto, que le alcanzó de lleno en la frente, tirándolo fuera de la lancha como si fuera un muñeco, zarandeando la pequeña embarcación.

Por su parte, Bram había comprendido en seguida que su negativa no iba a llegar a tiempo, y, puesto que Wallace pasaba al ataque, decidió hacer lo mismo, con idéntica rapidez, con los dos puños juntos, golpeó a Bill sobre los riñones, con tal fuerza que

pareció a punto de partirlo en dos, de tal modo se curvó el hombre, lanzando un aullido espantoso. Rebotó contra los mandos y Bram, que se apresuró a asirlo por el cuello de la chaqueta, tiró de él hacia atrás derribándolo cara al estrellado cielo, mientras gritaba:

—¡Tírese en cubierta, Lilian…!

La doctora obedeció precipitadamente, mientras Wallace saltaba hacia los mandos, dispuesto a poner de nuevo la lancha en marcha, para escapar de allí a toda velocidad. Bram acababa de golpear a Bill en el cuello, y se dispuso a quitarle la pistola…

¡Plop!

Fue un disparo hecho con silenciador, pero debían haber disparado con un rifle, pues se oyó claramente el ahogado estampido… Y aún más claramente se oyó el alarido de Wallace Martins, que pareció a punto de aplastarse contra los mandos de la lancha, con un choque brutal que ocasionó un fortísimo rebote hacia el centro de la cubierta…

Ya con la pistola de Bill en la mano, Bram se colocó junto a su compañero, que gemía angustiadamente, tendido cara al cielo.

—Wallace, ¿dónde…?

Un foco de intensa luz cayó de pronto sobre la lancha, cegando a sus ocupantes. Y una voz llegó desde la borda del yate:

—¡Quietos o los acribillamos! ¡Deje caer esa pistola! ¡Stan, ocúpate de ellos, y hazlo mejor!

La lancha se movió hacia un lado, por el cual reapareció Stan, guiñando mucho los ojos. Se encaramó a bordo, jadeando, y, sin más, aplicó un puntapié en los riñones de Bram, que se protegía los ojos con una mano, esperando, sabiendo perfectamente que si intentaba algo sólo conseguiría que los matasen a los tres desde el yate. El violento puntapié lo tiró de bruces sobre su compañero, que lanzó un gemido tremolante…

—¡Bill está sin sentido! —gritó Stan.

—¡Ya bajamos a ayudarle! ¡Y ten cuidado, idiota!

Bram Randall estaba contemplando el rostro de Wallace, pálido como el de un muerto. Bram aún no había recuperado la respiración, pero sabía que lo suyo pasaría en unos segundos. En cambio, lo de Wallace… Consiguió moverlo, casi dándole la vuelta completa, y se quedó mirando la gran mancha de sangre que se extendía por la espalda de su compañero.

—Bram… —jadeó entrecortadamente Wallace—. Escapa, no podrás hacer… nada… nada más que… morir…

—Calla —se crispó la voz de Bram—. No hables ahora, Wall…

No pudo decir más. Recibió un espantoso golpe en la nuca, que le produjo la brevísima impresión de que teda su cabeza estallaba en un fabuloso, enorme, increíble castillo de fuegos artificiales.

Y eso fue todo.

CAPÍTULO XIV

Abrió los ojos, tuvo que volverlos a cerrar debido a la intensidad de la luz, y, en el acto, notó aquel horrible dolor de cabeza, clásico en situaciones como aquélla. No era la primera vez que había recibido un golpe en la cabeza, ni mucho menos.

Volvió a abrir los ojos, con cautela, y sonrió torcidamente al ver a Lilian Gish junto a él. Se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo; la doctora estaba arrodillada a su lado, y hacía lo que podía para ayudarlo a incorporarse. Por fin, con el esfuerzo de ambos, el G-man
quedó sentado… Y al moverse, volvió a notar el horrible dolor de cabeza, mientras se daba cuenta de que su cara parecía de cartón… Lo comprendió en seguida: había vuelto a sangrar por la herida de bala recibida la noche anterior, y tenía la cara llena de sangre…

—No morirá de ésta, señor Randall —dijo una voz de hombre.

Alzó la mirada, y lo vio. Era un sujeto impresionante, ataviado con un batín de seda, rojo, con las iniciales E. S. bordadas en blanco sobre el corazón. Tenía los ojos oscuros, de expresión inteligente, y su rostro barbudo era enérgico, atractivo. Sentado en el sofá y con aquellas dos chicas a sus lados y otra detrás, parecía un pachá a punto de administrar su justicia. Las chicas eran una monada, desde luego: rubias, encantadoras, cubiertas solamente por *baby* dolls… Se parecían extraordinariamente a Margie Massey, en su aspecto general. Con un mínimo de inteligencia, se podía llegar a la conclusión de que, hasta la noche anterior, el sorprendente pachá había contado con cuatro chicas, no con tres solamente. Solamente…

—No lo pregunte —sonrió el apuesto individuo—. Mi nombre es Edison. Edison Sowerby, para matarlo. Ya sé que se dice para

«servirlo», pero me temo que en este caso no va a ser así.

—Usted habla demasiado —murmuró adustamente Bram.

—Oh, sí… Pero lo hago deliberadamente, para darle ejemplo.

—¿Ejemplo?

—Así es, señor Randall. Veamos si usted también sabe hablar mucho… cuando le conviene: ¿qué sabe exactamente sobre mí el FBI?

Primero, Randall frunció el ceño. Luego, en sus labios apareció una fría sonrisa.

—Ya comprendo… Quiere saber cuál es su posición en esta investigación. Y según lo que yo le diga que el FBI sabe de usted, hará una cosa u otra.

—Exactamente. Ustedes han estado rondando por el embarcadero de Baytown, y pensé que sería una buena idea saber que buscaban con exactitud. Por eso, envié a Bill y Stan, para que me trajesen a alguno de ustedes, y hacerle esta pregunta.

—Supongamos que la contesto. ¿Y luego?

—Lamentablemente, tendré que matarlos. Hágase cargo.

—¿Dónde está mi compañero?

—El señor Wallace Martins está relativamente bien, por el momento. He dado la muy considerada orden de que detuviesen la hemorragia de su herida, y, salvo mi decisión final, podría continuar viviendo. Al menos, durante unas cuantas horas más. Igual que ustedes dos. Oscar, ¿habéis llamado o no a Walt?

—Sí, señor —dijo uno de los hombres que vigilaban atentamente el G-man—. Vendrá en seguida.

—Mientras esperamos Randall.

—Bien. Mientras esperamos, señor Randall, podemos hacer un trato, aunque de corta duración. Vivirá mientras ello me convenga a mí, es decir, mientras tenga cosas que decirme que me interesen. Insistiré en mi pregunta: ¿qué sabe exactamente de mí el FBI? ¿Me conocen?

—Es posible —sonrió Bram.

—Ustedes llevaban estas fotografías. —Edison Sowerby mostró la foto de Margie y la foto-dibujo del hombre—. Comprendo que obtuvieran la de la pobre Margie, pero… ¿cómo consiguieron la de

Walt?

—¿Se llama Walt el sujeto ese?

—Walt Erickson. Por supuesto, trabaja para mí. Ahora dígame: ¿cómo obtuvieron esta muy aceptable fotografía? Oh, sé bien que es una foto-dibujo, o como quiera que la llamen ustedes… Pero alguien tuvo que decirles a los del FBI cómo es Walt… ¿Quién lo hizo, señor Randall? ¿Quién pudo ver tan bien a Walt Erickson, supongo que en el Sunway Parador? ¿Quién fue? Usted no, desde luego. Tampoco ninguno de sus compañeros. ¿Quién fue entonces?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Para matarlo, desde luego. Una cosa es esta foto-dibujo, y otra cosa es la identificación directa de Walt por parte de esa persona. ¿Quién lo vio? Será mejor para usted que me lo diga.

Bram Randall apretó los labios, y Edison Sowerby comprendió. Hizo una seña, y Oscar se acercó por detrás de Bram, propinándole una feroz patada en los riñones que lo derribó, sin aliento, lívido el rostro. Liban Gish fue a parar al suelo con él, en vano intento de sostenerlo…

—¿Quién fue, señor Randall? —insistió Sowerby, con voz amable, inalterable.

—Está loco —jadeó entrecortadamente Bram—. No podrá escapar, Sowerby… Mis compañeros están reuniendo datos que los traerán hasta su yate, por mucho que… que lo haya pintado y le haya cambiado el nombre… No podrá salir de Galveston Bay; los guardacostas deben estar ya cerrando la boca de salida…

—Deje eso de mi cuenta… Ah, Walt, por fin acudes a mi llamada… Dime, Bill, ¿habéis hecho la llamada por radio?

Bram se había vuelto, para contemplar a los recién llegados. Uno era Bill, el de la lancha. El otro fue inmediatamente identificado por el

G-man:

era el hombre de la foto-dibujo dictada por Liban Gish. Y al verlo, la doctora lanzó una exclamación ahogada, llevándose una mano a la boca… La mirada de Edison Sowerby cayó inmediatamente sobre ella, igual que la de un águila sobre una paloma.

—Ah… ¡Claro! Debí suponerlo… Por eso el FBI se ha traído una mujer para que les ayudase en la búsqueda… ¿Fue usted quien vio a Walt, señorita Gish?

—Desde luego que no —intervino Bram—. Ella no tiene nada que ver en…

Sowerby había hecho una seña a Oscar, que hizo callar a Bram repitiendo su jugada futbolística anterior, esto es, colocándole un punterazo que dejó al *G-man* prácticamente fuera de combate.

—¿Fue usted, señorita Gish? —volvió a preguntar Sowerby.

—No… ¡No!

—Es inútil que niegue. Se ha delatado usted misma. Mire… He observado en usted una cierta y reveladora solicitud hacia el señor Randall. ¿Le gustaría que le sacásemos los ojos delante de usted?

—¡No! —gimió Liban—. ¡Fui yo…! ¡Sí, yo lo vi, cuando se escapaba, cuando entraba en el coche…!

Edison Sowerby estuvo mirándola durante unos segundos, sonriendo casi amablemente. De pronto, desvió la mirada hacia Walt Erickson, con una expresión helada, bien diferente.

—¿Y bien, Walt? —musitó.

Walt Erickson había palidecido.

—Edison, no… no me di cuenta… ¡No la vi a ella! ¡No sabía que me había visto!

—Walt, sabes lo que ocurrió con Margie muy bien, porque tú y Oscar lo hicisteis, en el parador. Os disteis cuenta de que había sido localizada, seguida, identificada. Y, de acuerdo con mis órdenes, cuando esa cosa sucede en condiciones peligrosas, hay que… cortar la pista. Lo hicisteis bien…, pero tú dejaste tu propia pista. ¿Por qué no me advertiste? Te habrías marchado a Europa en seguida, y nos habríamos encontrado allí…

—¡No me di cuenta! —aulló Walt.

—Pues eso es aún peor que haber querido ocultármelo… ¿Te das cuenta de que tienes buena parte de culpa de que nos hayan localizado?

—Sí, pero… No me di cuenta…

—Pues debiste darte cuenta, para marcharte bien lejos de aquí. Ahora, tu viaje va a ser mucho más largo.

—¡Edison, aún puedo…!

Walt Erickson dejó de hablar, llevando desesperadamente su mano derecha al bolsillo de la chaqueta… Pero Edison Sowerby

tenía ya en la mano la pistola que había recogido a su espalda, escondida hasta entonces en el fondo del respaldo del sofá…

Plop… Plop… Plop…

—¡Aaahhhaauuu…!

Lanzando el vibrante alarido, Walt Erickson saltó hacia atrás, chocando contra Bill, que lanzó una exclamación, y lo empujó, tirándolo, hacia delante. Erickson cayó de bruces y quedó inmóvil, retorcido trágicamente. Las tres muchachas rubias, así como Lilian Gish, estaban pálidas, petrificadas de espanto. Bram Randall, parcialmente recuperado, no se alteró lo más mínimo. Oscar Garner, Bill Olsen y Stan Regan estaban también pálidos, demudados, pero no se movieron…

—¿Hiciste la llamada por radio, Bill? —preguntó de nuevo Edison Sowerby.

—Sí… Sí, Edison… Los dos helicópteros vendrán a recogernos dentro de tres horas. Me dijeron…, me dijeron que era imposible hacerlo antes.

—Tres horas —murmuró Sowerby—. Demasiado tiempo. En tres horas, el FBI, con los guardacostas, nos tendrán completamente cercados. Y escapar a pie por la costa es una estupidez, una locura…

—Podemos… intentar salir de la bahía con el yate…

—No. —Edison señaló a Bram—. Él tiene razón. Nos encontrarán muy pronto. Jamás llegaríamos a la boca de la bahía. Tendremos que esperar los helicópteros.

—Mis compañeros llegarán antes —aseguró Bram roncamente.

—Lo sé… Lo sé, señor Randall. Pero tendrán que esperar a que nosotros nos marchemos en los helicópteros.

—Es usted un iluso —rió Bram.

—Ya verá como no, señor Randall. Por curiosidad: ¿cómo encontraron nuestra pista? ¿Por culpa de Walt? —señaló el cadáver de éste.

—No. Fue por Margie. Supimos que era de Moscow, Texas, y le seguimos el rastro hasta Houston, donde había tenido un apartamento, que abandonó para irse a vivir a un yate, que por entonces estaba en Baytown… Y aquí estamos.

—Qué simplemente encuentra el FBI una aguja en un pajar…

—Dígame, Sowerby… —deslizó insidioso Bram—, ¿qué hará con

estas tres chicas? ¿Las matará, u ordenará que las maten, igual que hizo con Margie Massey?

—No intente sembrar cizaña, señor Randall —dijo amablemente Edison—. No es propio de un agente federal. Ellas saben que mientras cumplan bien todos sus cometidos, vivirán como reinas.

—Como esclavas en un harén, querrá usted decir.

—Oh, bueno, eso les gusta… Aún no he comprendido por qué esta clase de jovencitas se vuelven locas por mí, pero así es. Lo aceptan todo…

—Usted es un loco… y un degenerado, Sowerby. Viaja con un harén particular, dispone de esas chicas para momentos de diversión, para enviarlas a recoger dinero de los científicos, para matarlas si no hacen las cosas bien… ¿Hasta cuándo consentirán ellas esto?

—Hasta que dejen de amarme —sonrió Sowerby—. ¿No es cierto, Romy, Flo, Betty…? Muñequitas mías, no hagáis ningún caso al señor Randall. Sólo quiere indisponernos unos con otros. ¿Vais a aceptar su jugada?

—No… —susurró Flo—. No, Edison…

—¿Romy, Betty?

Las dos negaron con la cabeza. Sowerby mostró una expresión satisfecha, rezumante de burla hacia el federal.

—Bien, señor Randall, la situación está clara, ¿no cree? Sin embargo, mis amiguitas y yo, así como los cinco hombres que me quedan, nos iremos en dos helicópteros dentro de tres horas. Y, naturalmente, nos llevaremos las muestras de suelo lunar. Son cinco onzas de material que pueden valer millones de dólares.

—Quizá no. Adolph Warner ya sabe que le vendió tierra de este planeta, Sowerby.

—¿De veras? ¿Ya lo sabe? ¡Pobre hombre…! Me suplicó, casi llorando, que le aceptase ochenta mil dólares solamente. Juró que no tenía más, pero que me pagaría los otros veinte mil más adelante. Supongo que debo despedirme de esos veinte mil.

—Debe despedirse de todo. Mañana, aparecerá en los periódicos la noticia de que los ladrones de pedacitos de luna no venden estos pedacitos, sino tierra vulgar del desierto.

Edison Sowerby hizo un gesto despectivo con la mano.

—Oh, eso no me preocupa. Sabré convencer a los científicos del

mundo entero de que es una jugada psicológica de los norteamericanos. Pueden poner en los periódicos lo que quieran. Conozco bien la mentalidad de los científicos, y sé que la mayoría de ellos querrán comprar pedacitos de luna, como usted dice. Se aferrarán a la esperanza de que ellos sí van a recibir material auténtico, del robado en Houston… Conozco bien a esos chiflados fanáticos. Pero, hablando de periódicos, señor Randall: ¿cómo no han publicado las fotografías de Margie y Walt, a fin de encontrarlos más pronto? Se habrían adorado muchas molestias, ¿no le parece?

—Pero habríamos espantado la caza —sonrió secamente Bram.

—Oh, sí, entiendo… Antes de correr ese riesgo, quisieron jugar sus cartas hasta las últimas posibilidades. Si hubieran fallado, por fin habrían hecho publicar las fotografías en los periódicos, habrían aparecido en televisión… ¿Correcto?

—Correctísimo. Pero no ha hecho falta, Sowerby: los tenemos.

—Error, insisto en ello. Dentro de tres horas, mis hombres, mis queriditas y yo, nos iremos en dos helicópteros. Y dentro de unos días, partiremos hacia Europa, con el auténtico material lunar, por si en alguna ocasión fuese preciso demostrar que, en efecto, lo tenemos.

—No saldrán de la bahía.

—¿Ni siquiera por aire?

—Ni siquiera por aire. Mis compañeros…

—¡Olvide a sus compañeros, señor Randall! —exclamó Sowerby—. ¿No lo comprende? En cuanto se acerquen a este yate, ustedes aparecerán en la borda, atados, con una pistola apoyada en la nuca… El FBI tendrá que decidir: o dejarnos marchar, o contemplar cómo ustedes dos y la señorita Gish son asesinados ante sus ojos. ¿Lo entiende ahora? Y le aseguro que si no fuese por ese gran servicio que aún van a prestarme usted, su compañero herido y la señorita Gish, los mataría ahora mismo. Stan, Bill: llevaos a estos dos adonde está el herido, atadlos bien y encerradlos allí. Luego, volved a buscar a Walt, para tirarlo al mar cuando estemos más hacia el centro de la bahía. Es todo.

CAPÍTULO XV

—No puedo —jadeó casi llorando Lilian—. ¡No puedo hacerlo!

—Insista —musitó Bram—. ¡Tiene que conseguirlo, doctora!

Ambos estaban sudando, pero, además, Lilian Gish tenía los dedos ensangrentados, en su vano intento por desanudar las cuerdas que sujetaban las manos del G-man a la espalda. Estaban sentados en el suelo del camarote, espalda con espalda, siguiendo las instrucciones de Bram. Sobre una de las literas, Wallace Martins yacía inconsciente, desnudo el torso, que había sido vendado de cualquier manera. Una consideración muy notable por parte de Edison Sowerby, aunque, realmente, su jugada era mucho más personal y egoísta. Sabía que si el agente del FBI moría, la Tierra sería un lugar muy pequeño para esconderse.

—Siga… ¡Siga, lo está haciendo bien…!

—Dios mío… No podré nunca, Bram…

—¡Tiene que conseguirlo! A mí me han atado de tal forma que ni siquiera puedo mover los dedos, pero con usted han sido más benévolos. ¡Si yo tuviese los dedos libres, como usted, ya la habría soltado!

Lilian rompió a llorar, de pronto. Bram se apartó de ella y se volvió. La bellísima doctora yacía tendida de lado en el suelo, de modo que pudo ver bien sus manos. Se arrastró hasta ella, quedando muy cerca sus rostros.

—Lilian, perdóneme… Le ruego que me comprenda. No es sólo mi vida, sino la de usted y la de Wallace…

—No puedo… —sollozó ella—. ¡Le juro que no puedo más!

—Está bien… —Tragó saliva el federal—. Está bien, no se torture. Hemos hecho lo que se podía.

—Bram, quisiera soltarlo, para que se salvase aunque fuese usted solo… Pero no puedo, los dedos ya no me obedecen… Ni siquiera sé si tengo dedos.

—De acuerdo —sonrió él, de pronto—. De acuerdo, doctora, cálmese. Oiga, ¿sabe que está usted encantadora con la carita llena de lágrimas? Demonios, espero que no sean sintéticas… ¿Son naturales o artificiales?

—¡Oh, Bram, cuánto lo siento…! ¡Si no hubiera sido por mí no los habrían capturado, se dejaron atrapar para que no me disparasen a mí…!

—¿Se da cuenta? Ésa es otra de las muchas ciencias del FBI: proteger al débil.

—¡Ha sido todo por culpa mía!

—Siga llorando, porque me gusta… Pero deje de hacerse reproches. Eso no soluciona nada. Han pasado ya casi dos horas, según calculo… Mis compañeros no pueden tardar en encontrar el yate… Será el gran momento.

—¿Cómo… cómo van a encontrarlo, si está pintado, y el nombre es otro…?

—Bellísima creadora de vida sintética: el FBI no es una pandilla de chiquillos jugando a policías y ladrones. Nos encontrarán muy pronto.

—¿Y nos… nos dejarán marchar a cambio de… de dejarles que ellos escapen en los… en los helicópteros…?

—Claro —mintió Bram, notando como una bola de hiele en el estómago—. Claro que nos dejarán marchar… ¡Seguro!

—Entonces… no debemos tener miedo…

—Ninguno. ¿Sabe lo único que me molestaría si me matasen?

—¿Qué… qué…?

—Que todavía no me haya usted perdonado aquel beso. ¿Cómo puedo pedirle disculpas para que me perdone? ¿De rodillas?

—Bram, no le perdono…

—¡Hijita, es usted bien cabezota! —estalló Bram.

—No le perdono que…

Se calló de pronto, al ver el brusco movimiento de la cabeza de Bram hacia la puerta del camarote. Se oyó un ligero ruidito, y la puerta se abrió, hacia dentro, silenciosamente… Una de las muchachas del serrallo particular de Edison Sowerby, la llamada

Flo, entró en el camarote, cerrando en seguida tras ella. Ya no llevaba el *baby* doll, sino pantalones largos y un jersey rojo, que le sentaba de maravilla… Del escote, sacó una navaja, que abrió ante los ojos de Bram, después de arrodillarse junto a él.

—No… no he podido conseguir más que esto, en la cocina… Quería traerle una pistola, pero…

—Corte las cuerdas —susurró Bram.

Flo obedeció, y en pocos segundos Bram quedó libre. Se arrodilló rápidamente, frotándose las muñecas. De pronto, le arrebató la navaja a la muchacha, que estaba muy pálida, asustadísima.

—Señor Randall, yo… yo le estoy ayudando… —Bram estaba cortando ya las cuerdas que amarraban a Lilian Gish—. Usted tiene que decir esto a sus amigos, cuando lleguen…

—Lo diré. ¿Por qué lo hace?

—Estoy tan asustada… No sabía que Edison pudiese matar de ese modo, tan fríamente… Y no… no sabíamos que él ordenara que matasen a Margie si… si no hacía bien lo que…

—Entiendo… Teme que si más adelante usted es vista por la policía de algún país también la mande asesinar, ¿no es eso?

—Él ya nos dijo que nosotras seríamos siempre las encargadas de ver a los científicos, de entregarles la cajita de plomo y recoger el dinero… Y ahora sé que sí hacemos algo mal, nos mandará matar…

—Eso es exacto. ¿Dónde están sus amiguitas?

—Ellas no saben nada… Edison nos dijo que no nos moviésemos del camarote…

—Pues ésa es una buena idea, jovencita. Vaya allí, no diga ni una palabra de esto, y no se mueva del camarote pase lo que pase. Es usted la chica más lista del yate, así que escóndase bien para cuando llegue la tormenta.

—¿La tor… tormenta…?

—Habrá tormenta. Márchese. Ya ha hecho todo lo que yo necesitaba. Y ahora, encantadora Flo, vaya a esconderse. Tenga cuidado, que no la vean salir de aquí. ¡Vamos, dese prisa! ¡Un momento! ¿Tiene la llave del camarote?

—Está puesta, por la parte de fuera…

—Bien. Pues cierre, y déjelo todo tal como estaba.

Flo se marchó, y Lilian, ya en pie ayudada por Bram, miraba a éste sin comprender.

—¿Por qué deja que nos vuelva a encerrar? Podríamos salir…

—Claro. Con una navaja por toda arma, ¿eh? En cuanto nos viesen deambular por el yate, nos acribillarían. Mi idea es mejor.

—¿Qué… qué idea?

Bram asió las muñecas de la doctora y se quedó mirando con el ceño fruncido los sangrantes dedos.

—He sido un poco injusto con usted —murmuró.

—No importa —sonrió temblorosamente Lilian—. Cuando vuelva a mi laboratorio, me haré unos injertos sintéticos.

Bram alzó vivamente la mirada, todavía fruncido el ceño.

—Vaya… ¿De modo que va aprendiendo a tener sentido del humor? Pues eso es bueno, hijita… No sé si lo es en su profesión, pero, en la mía, el sentido del humor es muy importante. Ahora va a tener la boquita cerrada todo el tiempo, y se quedará sentadita como una buena niña —hizo un cálculo de distancias y ángulos visuales, mirando desde la puerta— allí. Quédese sentadita ahí, con las manos a la espalda, y no diga ni haga nada más. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y se sentó donde le había indicado Bram, que se acercó a Wallace Martins, le alzó un párpado y luego le tomó el pulso… Si no había más contratiempos, si sabía sacar partido de aquella navaja, Wallace continuaría viviendo…, hasta que lo matasen, al fin, en cualquier misión del FBI. Esta idea no le gustó mucho, porque, a fin de cuentas, él también era un agente especial del FBI. Miró su reloj, suspiró, y fue a colocarse junto a la puerta, por la parte de los goznes. Tenía muy buenos nervios y sabría esperar.

CAPÍTULO XVI

Unos veinte minutos más tarde, oyó perfectamente las pisadas en el corredor del yate. Dos hombres. Bram Randall notó cómo se le erizaba el cabello en la nuca y un largo escalofrío se paseó por su espalda. Miró a Lilian, que lo contemplaba con expresión desorbitada, y le hizo señas de que se quedase allí. Oyeron el llavín girando en la puerta, y ésta comenzó a abrirse…

El G-man asió el pomo y dio un fortísimo tirón. Se oyó una exclamación, y Bill Olsen entró dando un traspié en el camarote, alzando las manos, como si quisiera sujetarse en algo. Sobrecogida de espanto, petrificada, Lilian Gish asistió a la implacable y velocísima acción del agente del FBI. Éste alzó la pierna derecha, aplicando un brutal puntapié en el vientre de Bill, que cayó de bruces, pálido como un muerto… Para entonces, el G-man había saltado hacia Stan Regan, que se disponía a entrar detrás de su compañero de fechorías. Con un pie todavía en alto, Regan lanzó un chillido, metió la mano bajo la chaqueta…, y la navaja de Bram, tras brillar un instante, se hundió en su garganta, en un impacto horizontal, largo… Stan cayó hacia delante, mientras el federal, apartándose, se volvía a toda velocidad hacia Bill, que haciendo un esfuerzo terrible se había vuelto hacia él, ya con la pistola en la mano.

El pie derecho de Bram Randall entró de nuevo en funciones. Se alzó, con fuerza terrible, y alcanzó a Bill en la barbilla, por debajo. Bill casi se puso en pie, saltó hacia atrás y quedó inmóvil.

Jadeando, desorbitados los ojos, Bram entró inmediatamente a

Stan en el camarote, quitándolo del umbral. Cerró la puerta, le quitó la pistola a Stan y la tiró resbalando por el suelo, hacia Lilian Gish.

—Cuando yo salga, cierre la puerta por dentro, y no abra a nadie que no la convenza de que es del FBI o de la policía… ¿Está claro? ¡Lilian!

—Dios mío…

—¡Tome esa pistola! ¿Sabe disparar?

—Nnnoooo…

—¡Pues aprenda! ¡Ésa es otra ciencia del FBI! ¡Recoja esa pistola!

Con la de Bill en la mano, fue a la puerta, colocó la llave en su parte interior y salió al pasillo. Estuvo allí hasta que oyó cómo la puerta era cerrada por dentro por la doctora. Inmediatamente, se deslizó a toda prisa por el pasillo, hacia la escalerilla que llevaba a cubierta. El hecho de que Bill y Stan hubieran bajado a buscarlo significaba sin lugar a dudas que el FBI había llegado, y que Edison Sowerby quería mostrar a sus rehenes, exigiendo a cambio de sus vidas facilidades para escapar cuando llegasen los dos helicópteros. Todos debían estar en cubierta.

Llegó a las portillas y las abrió apenas media pulgada, moviéndose, buscando el mejor ángulo visual desde allí. Efectivamente, Edison Sowerby y los de sus hombres estaban a la borda. No conocía a los dos hombres. Faltaba solamente Oscar, hasta el número de cinco que Sowerby había mencionado… Oscar debía estar al mando del yate, en el timón. Bien… Y mucho mejor aún, la presencia de dos lanchas guardacostas, que se veían más allá, por encima de la borda del yate. Estaban muy cerca. Y seguramente había más, rodeando el Cupido, o el Snake, o como demonios se llamase el yate.

En aquel momento, utilizando el megáfono de mano, Sowerby estaba dando sus instrucciones, sus condiciones:

—… queremos marcharnos, eso es todo. ¡Mis hombres van a subir ahora a la señorita Gish y al señor Randall! ¡Podrán verlos! ¡Si nos atacan, los mataremos! ¡Tienen un minuto para alejarse de aquí a partir de cuando vean a sus amigos!

Bran Randall salió a cubierta, se aseguró de que su espalda quedaba protegida de la línea de tiro desde la cabinilla de mandos, y apuntó a la espalda de Edison con la pistola.

—¡Sowerby! —gritó—. ¡No se muevan!

Hubo en los tres hombres una crispación, el inicio de una media vuelta, pero supieron contenerse, si bien las manos subieron hacia los sobacos…

—¡Usted solo, Sowerby! ¡Dé media vuelta, con las manos buscando una estrella, y empiece a caminar hacia aquí! ¡Tiene solamente tres segundos para llegar ante mí! ¡Uno! ¡Dos! ¡T…!

Sowerby llegó rápidamente ante él, con las manos en alto. Con la imaginación, Bram veía a Oscar deslizándose por el yate, buscando un lugar desde el cual disparar contra él. Sonriendo secamente, retrocedió, empujando las pequeñas puertas de entrada al yate con la espalda, de modo que quedó oculto, pero manteniendo a raya a Sowerby.

—Ahora, dígale a Oscar que se reúna con los otros dos. ¡En tres segundes, Sowerby, o le meto una bala en la nuca! Convénzalo de que sólo tengo que matarlo a usted, encerrarme aquí dentro y esperar a mis compañeros. No podrán escapar. ¡Convénzalo en tres segundos!

Sowerby convenció a Oscar. Éste apareció por estribor, todavía con la pistola en la mano, enfurecido. Bram volvió a cubierta, sujetó por el cuello de la deportiva chaqueta a Edison Sowerby, y ordenó:

—¡Ustedes tres, dejen caer sus pistolas en la cubierta y salten al mar! ¡Ahora, o empiezo a disparar!

La perspectiva de un baño en verano es siempre infinitamente mejor que la de recibir una bala en la espalda, y así lo comprendieron Oscar y los otros dos, que dejaron caer sus armas y saltaron por la borda.

Bram se acercó a Sowerby, por la espalda, y, de pronto, con la pistola, le golpeó fortísimamente en los riñones. Edison Sowerby cayó de rodillas, lanzando un aullido, y luego quedó de bruces sobre la cubierta. Cuando vino a darse cuenta, el
G-man
le había quitado la pistola, y le apuntaba con la de Bill a la cabeza.

—Son desagradables estos golpes, ¿verdad, señor Sowerby? —masculló Bram—. Ahora, haga un esfuerzo y póngase en pie. ¿Tiene todavía mi radio de bolsillo?

—Sí… Está… abajo…

—Vamos a buscarla. ¡Muévase, por mucho que le cueste! ¡Peor

estoy yo, y ya ve qué buenos ánimos tengo! ¡Vamos! ¡Pase delante!

Se apartó, y Sowerby comenzó a descender la escalerilla de brillante madera. Bram inició también el descenso, muy atento…, pero el ataque de Edison Sowerby fue tan bien calculado, tan inesperado, que casi le pilló por sorpresa… Un ataque muy astuto, además. Sowerby se dejó caer hacia atrás, alzando las manos, que se cerraron en los tobillos del federal. Con un fuerte tirón, los alzó, de modo que Bram se habría roto la cabeza contra los escalones si su mano izquierda, en un puro movimiento instintivo de defensa, no se hubiera cerrado con toda su fuerza en la barandilla… Así, tras el forzado salto de sus pies, volvió a caer sin haber perdido completa la vertical; y todavía sujetándose en la barandilla con la mano izquierda, golpeó en la cabeza a Sowerby, que en el acto soltó sus tobillos, se encogió… El pie derecho del G-man se apoyó en su espalda, empujándolo violentamente y Edison por los duros peldaños hasta el pasillo alfombrado. Cuando alzó la cabeza, Bram estaba encogido en un peldaño, fija en él la mirada, firme la pistola en su diestra.

—La próxima vez que intente algo así, le mataré, Sowerby. No corra el riesgo… ¿Qué hace usted ahí? —gritó de pronto.

Sowerby, casi aturdido, con la nuca llena de sangre, volvió la cabeza, y vio a Lilian Gish en el pasillo, ante la puerta del camarote, pistola en mano, desorbitados los ojos…

—Creí… Me pareció que le pasaba algo… —tartamudeó.

—¿Está loca? ¡Le dije que no saliera de ese camarote! ¡Vuelva adentro! —se desentendió de ella—. Y usted, Sowerby, lléveme adonde tiene la radio. La mía, se entiende… ¡Camine, no está muerto!, ¿verdad?

No sin dificultades, Sowerby se puso en pie y caminó a trompicones hacia su cabina de recreo, donde Bram había despertado horas antes. Ya dentro los dos, el dueño del yate fue hacia un mueble-librería. Se quedó delante, volviendo la cabeza hacia el G-man.

—Hay… una gran caja fuerte escondida aquí… Su radio está dentro.

—Pues abra la caja y démela. Sowerby: tenga cuidado.

Edison abrió la parte de auténtica librería, con libros inclusive, desplazándolo todo. Apareció la puerta solidísima de una caja fuerte, y la abrió en seguida. Miró a Bram, se pasó la lengua por los labios y metió una mano dentro de la caja, retirándola luego lentamente, con la radio de bolsillo.

—Tíremela a les pies deslizándola por el suelo —murmuró Bram.

Sowerby obedeció, y en dos segundos Bram estaba haciendo la llamada.

—Soy Bram. ¿Estáis…?

—¡Bram! —tronó la vez de Sam Kent—. ¿Estáis bien?

—Estoy vivo —dijo Bram—. Hay tres tipos nadando por ahí, señor. Atrápenlos. Bueno…, supongo que está usted en barco de esos guardacostas…

—¡Claro que estoy! Y estamos viendo a esos hombres, pero no sabíamos… ¿Has dominado la situación?

—Efectivamente, señor. Los espero. Todo está tranquilo… ya.

—¡Vamos ahora mismo!

—Okay, señor —cerró la radio, se la guardó y miró a Edison Sowerby, señalando la caja fuerte con la pistola—. ¿Qué más cosas tiene ahí dentro?

—Dinero… Todo lo guardo aquí. Es una caja más grande de lo que parece. Está… calculada para contener dentro a un hombre.

—¡Pero qué listo es usted, amigo! ¡Buen escondite si alguna vez las cosas se pusieran francamente mal! Se encierra ahí dentro, espera que pase la tormenta, y sale cuando le conviene… ¿También tiene la luna ahí dentro?

—Sí. Está en la caja de plomo.

—Sáquela. Con cuidado. Y saque también los ochenta mil dólares del profesor Warner… ¡Vamos, Sowerby, no tenemos toda la vida para eso! Y no busque más soluciones a su problema. ¡Todo ha terminado para usted!

Edison Sowerby tuvo que comprenderlo así. Sacó la pesadísima caja de plomo, fajos de billetes, papeles… Cuando terminó, se volvió hacia Bram, que movió la mano armada.

—Apártese de ahí. Y siéntese; ya ve que no soy desconsiderado con usted… ¡No! ¡En el sofá no, chico listo! Allá, en aquel sillón.

Sowerby obedeció, sombrío el gesto, y Bram fue al sofá, metió la

mano en la juntura del respaldo y el asiento, y sacó la pistola. Miró torvamente a Sowerby, se guardó la pistola y se dedicó a colocar la caja y el dinero en una mesita. El cierre de la caja había sido ya forzado, de modo que pudo abrirla con facilidad. Se quedó mirando hoscamente el contenido, y acabó soltando un bufido.

—¡Tierra! Simple tierra asquerosa… Yo no pagaría por ella ni un centavo, Sowerby.

—Sin embargo, —replicó éste—, usted ha echado a perder un negocio de millones de dólares. Incluso vendiendo la auténtica muestra lunar, de gramo en gramo, habría podido ganar muchísimo dinero.

—Sí… El negocio era bueno. Pero… ¿por qué no fue usted personalmente a la luna, a buscar esta porquería? Habría podido traer muchos más pedacitos, ¿no?

—Muy gracioso —mascculló Sowerby.

—Gracias —sonrió el G-man—. Bien, vamos a cerrar esto, y… —Se volvió hacia la puerta como un rayo—. Doctora: ¿no le he dicho que se quedase…?

—¡Bram! —chilló Lilian.

El federal soltó un respingo, comprendiendo en el acto lo que significaba aquel grito. Se volvió de nuevo hacia Sowerby, en el momento en que éste, tras sacar velozmente otra pistola del respaldo del sillón, comenzaba a apuntarle.

Plop.

Edison Sowerby lanzó un grito cuando la bala disparada por Lilian Gish pasó rozando su cabeza. Se sobresaltó tanto, que su disparo contra Bram Randall salió desviado, muy alto. La bala rebotó en una pared, luego en el techo…

—¡Sowerby! —gritó Bram—. ¡No sea…!

Aullando de rabia, Sowerby orientó de nuevo su pistola hacia el federal, y apretó el gatillo casi al mismo tiempo que lo hacía aquél. Los dos chasquidos silenciosos parecieron, en realidad, uno solo… Edison Sowerby recibió el balazo en plena frente; un impacto fuerte, que lo tiró, ya muerto, por encima del sillón, volcándolo encima suyo. Bram Randall saltó hacia atrás, cayó de rodillas, se puso en pie como si tuviera un resorte y se quedó mirando a Lilian Gish, demudado el rostro.

—¿Sabe una cosa, encanto? —tartamudeó—. No sé si me han matado por culpa de usted, o si su llegada me ha… salvado… la vida…

Puso los ojos en blanco y rodó por el suelo.

ESTE ES EL FINAL

Cuando abrió los ojos, comprendió en seguida que ya conocía aquel lugar. Lo había visto varias veces antes, seguro… Todo blanco, limpio, con aquellos hermosos rayos de sol… Sí. Estaba en una clínica, eso era. Y había visto aquella escena dos o tres veces, cuando había recuperado el sentido unos segundos cada vez. Eso era. Caramba, se estaba bien allí.

—Vamos, vamos —oyó la voz del inspector Kent—. Wallace hace ya veinticuatro horas que despertó, Bram. No abuses.

Bram volvió la cabeza y se quedó mirando a su jefe, en pie junto a la cama. Con él estaban John Bainter y Phil Abbott.

—¿Wallace está bien, señor? —murmuró—. Hola, chicos.

—Wallace está bien —dijo Kent.

—Hola —sonrieron Abbott y Bainter.

—Nos alegramos de que… de que estés bien; Bram —dijo otra voz.

El G-man volvió la cabeza hacia el otro lado de la cama, y sonrió al ver a su amigo Henry Sargent y a Dorothy Warner.

—Tenemos aquí al bomboncito de Dorothy… ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Ya os habéis casado, Henry?

—Hombre, no… Te dije que faltaban dos o tres meses, y sólo llevas aquí cinco días…

—¡Cinco días! Cáscaras, por poco me envían al otro mundo… Me acertó en el pecho, ¿verdad?

—Ajá… —murmuró Kent—. Pero tú le diste en la cabeza.

Cazamos a los tres rufianes como si fuesen pajarillos, Bram. Wallace está bien, en la habitación de al lado, y los pedacitos de luna han vuelto, por el momento, a la NASA. Buen trabajo.

—Gracias. ¿Y… y el profesor Warner? ¿En la cárcel?

—Ni mucho menos —exclamó Dorothy, con risa en la voz—. No sé cómo se las arregló el inspector Kent, pero eso no ocurrió. ¿Y quieres saber lo más hermoso de todo esto, Bram?

—¿Más hermoso que tú? —Simuló asombrarse el G-man.

—Oh, sí… Anteayer, tres directivos de la NASA estuvieron en casa, y… y le dijeron a papá que si quería colaborar con ellos en los estudios sobre el material lunar, estarían encantados de considerar su candidatura… Oh, sé que lo admitirán, Bram, y que papá podrá analizar pedacitos de luna… ¡Lo sé!

—Vaya… Un final bastante feliz, ¿no es cierto? Y colorín y colorado, este cuento ha terminado. Está bien, a fin de cuentas, para eso estamos los del FBI. Recuerdo…

—Nos vamos ya, Bram —cortó Henry Sargent—. Nos han aconsejado que no estemos contigo más de cinco minutos esta primera vez.

—Ah… Bueno, os agradezco mucho a todos vuestra visita… Supongo… Ejem… Supongo que no tengo más visitas que recibir, así que dormiré un poco… Es lo mejor, ¿verdad?

—La doctora Gish está esperando afuera, Bram —dijo Phil—. Dice que no sabe si querrás verla, porque ella te distrajo y fue entonces cuando Sowerby te disparó… Aunque tal como ha contado las cosas, hemos comprendido que Sowerby te habría disparado de todas maneras, y si ella no llega a estar allí…

—Decidle a la inventora de vida sintética que la perdono. No soy tan rencoroso como ella.

—Se lo diremos. Adiós, Bram. Volveremos mañana.

—Muy agradecido…

Salieron todos, y, sin haberse cerrado la puerta, entró la doctora Gish, que se acercó a la cama, vacilante, un poco pálida. Pero estaba más juvenil y bonita que nunca.

—Gracias por perdonarme —musitó.

—Yo soy así de generoso.

—Bram, yo… Usted no me dejaba nunca terminar… Cuando le

decía que no le perdonaba, me refería a otra cosa… Quería decir que… que lo que no le perdonaba era que… que me pidiese perdón por haberme besado, ya que me… me gustó tanto…

—Zambomba —dijo Bram, atónito.

Se quedaron mirándose durante unos segundos. De pronto, Lilian Gish se inclinó y besó los secos y agrietados labios del federal, muy brevemente. Pero cuando quiso apartarse, una mano de Bram se apoyó en su nuca.

—¿Estás pidiendo mi mano, doctora? —susurró.

—Te quiero —susurró también ella.

—Hurra. ¿Dejarás la Ciencia para ser la mujer de un G-man un poco tonto, que se deja meter una bala en el pecho?

—¿Vas… a pedirme que deje la Ciencia? —Tembló la voz de Lilian.

—Efectivamente.

—Entonces… la dejaré, sí.

Bram Randall sonrió suavemente y se quedó mirando aquellos pasmosos ojos, los rubios cabellos lacios… Era un bombonazo mil veces más apetitoso que Dorothy Warner, lo cual no era humo de pajas. Parecía una jovencita asustada. Tan asustada, que algunas lágrimas estaban resbalando ya por sus mejillas.

—No seas tonta, doctora —murmuró el federal—. Ni quiero, ni tengo derecho a pedirte semejante cosa. Ya has dicho que sí, y eso es suficiente para mí. Soy un muchachote moderno, inteligente y comprensivo, y sé que no me amarás menos por mucha Ciencia que estudies. Tampoco yo dejaría el FBI por nada del mundo… ¿Okay?

—Bram…, ¿no te molestará que siga con mis bichitos y…?

—No, no. Nuestros hijos estarán orgullosos de los dos… ¡Hey! —Se sobresaltó de pronto—. ¡Espero que no sean sintéticos!

—¿El qué, Bram?

—¡Nuestros hijos!

—¿Có… cómo…?

—Quiero decir si serán niños normales, o los fabricarás en el laboratorio.

—¡Bram! ¡Sólo hay un modo de tener niños!

—Zambomba… ¿Sabes eso? Entonces, doctora, todo irá bien… ¡Vaya si irá bien!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Moscú, en inglés, se escribe Moscow. < <